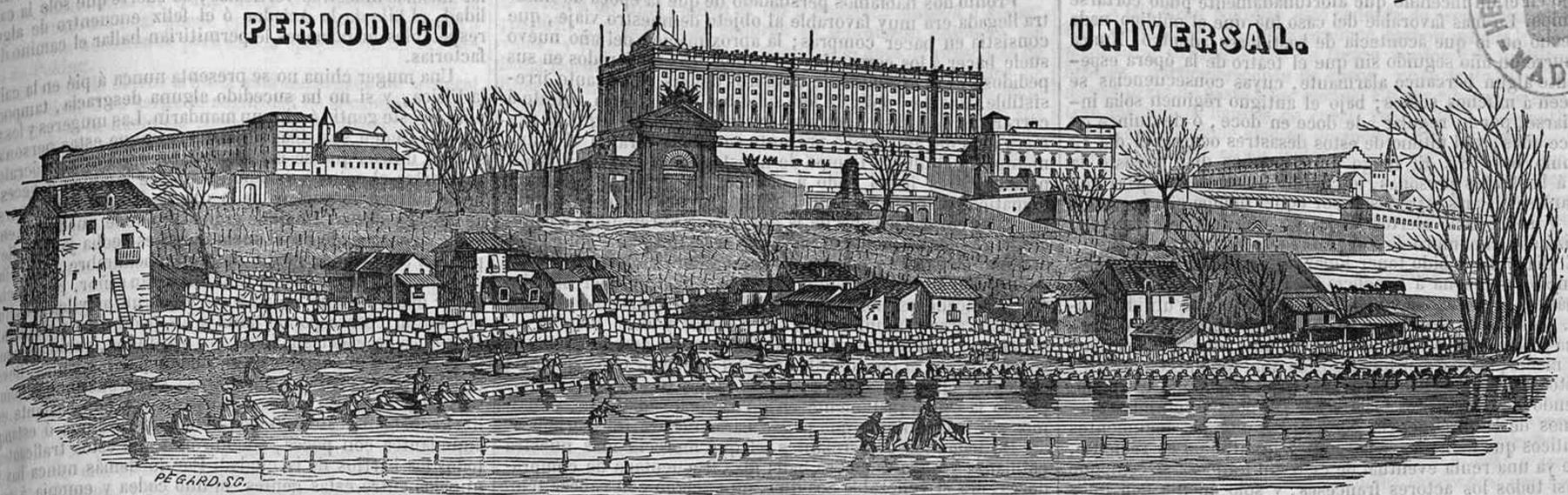


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



PÉGARD, SG.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 227.—SÁBADO 9 DE JULIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE PARIS.

A despecho de la temperatura que en la capital de Francia, como en nuestra heroica villa, se ha convertido repentinamente en un horno, y á pesar del apetito general, que está en baja como la cotización de los fondos públicos, prosiguen allí sin interrupcion los grandes banquetes y las distracciones de toda especie. Los paseos son unos declarados hormigueros, por mas que el sol derrita las pieles humanas y el campo no ha cedido un ápice de sus derechos, supuesto que la gente achicharrada de París acude á él en busca de frescura y de aire, con tanto afan como los botijos de Alcorcón corren á nuestras exhaustas fuentes en requerimiento de agua. Con todo, como las delicias del aire libre exigen otros condimentos, porque al cabo el arte por sí solo, esto es, el paseo monótono á nadie satisface, todos estan de acuerdo en que es indispensable otro aliciente mas complicado para los goces veraniegos. De aquí una multitud de seducciones, á cual mas refinada, que ofrecen al público por medio de anuncios: diversiones de día y sobre todo de noche, porque se hace preciso prever todas las contingencias, y despues de una mañana y de una tarde de fatigas, y muy particularmente de sudores, es justísimo á todas luces permitir á los consumidores de placeres

cuanto pueda halagar sus imaginaciones durante el breve reinado de las estrellas.

Siendo tan favorable la temperatura para las ideas que se esplotan, sin encerrar al público entre cuatro paredes, claro es que los globos debian aparecer, y en efecto han aparecido, aunque sin causar el efecto que los nuevos navegantes aéreos se prometian. De todo nos cansamos los míseros mortales; y los franceses son, en este sentido, los mortales mas míseros de cuantos alientan en la terrestre esfera: necesitan novedades sin interrupcion, porque estan acostumbrados al movimiento continuo, y una monotonía de cuarenta y ocho horas es la epidemia mas cruel que puede amenazar á nuestros inquietos vecinos.

El hombre volador ha caído en desuso; al presente hace furor la flecha aérea, cuyos resultados son sorprendentes. Hé aquí un diálogo muy curioso de cierto prospecto, en el cual se hace hablar á un viajero:

—Bautista, ¿qué hora es?
—Las seis menos cinco minutos.
—¡Demonio! Y me esperan á las seis para comer. ¿Está preparada mi flecha?
—Sí señor; ya podeis partir.

Y á las seis, prosigue el hombre flecha, me hallaba en Versalles, sentado á la mesa entre mis amigos. ¡Ah! Si me

asegurasen la manutencion, pronto descubriria yo un nuevo mundo en la region de las aves.

Otra invencion no menos sorprendente. Un escritor ha publicado reglas infalibles para hacer que se presenten en quiebra todas las casas de banco. M. Gregorio (este es su nombre), individuo de muchas sociedades sabias, realiza en teoría el pronóstico de Napoleon: «Día vendrá en que el cálculo mate á los bancos.» Un pequeño inconveniente se presenta para que la práctica corresponda á los deseos del autor de la obra; la necesidad de inmensas sumas para hacer frente á operaciones indispensables: bien es verdad que si los accionistas no consiguiesen triunfar del banco al cual declarasen la guerra, tendrian al menos la satisfaccion de perder sus fondos en regla.

Se refieren cosas estupendas de las aguas de Vichy, donde el célebre Strauss vuelve locas á todas las Náyades que allí acuden con los sonidos de su violín. El juego de la ruleta está autorizado; de modo que allí se desgasta el cuerpo y el bolsillo de una manera asombrosa, con el aditamento del baile, que dió principio durante el invierno y continúa en el verano, á fin de que los bañistas se conserven en humedad perpétua.

Se han cerrado ya tres grandes teatros en París, porque la desercion de espectadores era ya tan general, que se habia



Plaza del mercado de Komorn después del incendio.

declarado en precipitada fuga: dichos teatros son el *Odeon*, el de la *Opera* y el de la *Opera cómica*. En los dos últimos van á hacerse reparaciones, y el segundo ha estado espuesto á no volver á abrir sus puertas al público, pues hace días estalló en él un incendio que afortunadamente pudo cortarse á tiempo. Lo mas favorable del caso fué que el público nada sospechó de lo que acontecía de bastid-res adentro. Nunca trascurrió un año seguido sin que el teatro de la ópera esperamente algun percance alarmante, cuyas consecuencias se reducen á muchos sustos; bajo el antiguo régimen solia incendiarse, por lo regular, de doce en doce, ó de quince en quince años, y el último de estos desastres ocurrió el día 13 de junio de 1781. El fuego duró muchos días y costó la vida á bastantes personas, lo cual no fué obstáculo para que las damas de París estrenasen por aquel tiempo ciertos adornos, y sobre todo ciertos trajes de una tela que la moda bautizó con el nombre de *Fuego de la ópera*.

El día 7 ha debido tener lugar en el *Jardin de invierno* la funcion nocturna á beneficio de la asociacion de artistas dramáticos, reconocida como establecimiento de utilidad pública. Docientas señoras cuyos nombres figuran en el programa, habian ofrecido asistir y colocar además, por término medio, ocho ó diez billetes cada una. Muchos centenares de estos cupones se han esportado al otro lado del estrecho, habiendo sido aceptados *very grate ful* por los grandes ciudadanos de la inteligencia cordial. Resulta de documentos auténticos que dicha sociedad, cuya institucion es reciente, posee ya una renta eventual de cien mil francos: se compone de casi todos los actores franceses, y solo cuenta con unos ochenta individuos á quienes tiene que socorrer; por otra parte, las pensiones acordadas á estos artistas en desgracia son bastante módicas. Así pues, en vez de disipar sus rentas, las ve aumentarse la sociedad todos los años, y un curioso cronista ha observado que creciendo progresivamente el tesoro de la compañía, llegará á poseer esta capitales inmensos y podrán separarse de ella sus socios, repartiéndose pingües riquezas. Entonces los artistas, poseedores de una fortuna independiente, abandonarán las tablas y... ¿quién divertirá al público?

UNA VISITA A CANTON.

Los recientes acontecimientos de China llaman de nuevo la atención de la Europa hacia aquel país, por cuya razon nos dispensarán nuestros lectores si les hacemos el relato siguiente de un oficial de marina francesa sobre una visita hecha á Canton. Dice así:

«Nuestra impaciencia de ver á aquel pueblo era tan grande, que nos apresurábamos á ir con el rayar del día al fondeadero de Wampoa, la bahía de Canton, que dista aun bastante de esta ciudad, y á embarcarnos á bordo del vapor que anda dos veces al día el camino de Wampoa á Canton. A medida que subimos con bastante velocidad el río, nos llamó la atención tanto la una orilla como la otra por los verdes arrozales que se extendían sobre las orillas algo pendientes, por los pueblos que se veían entre setos de caña mambú, por los templos medio cubiertos de ramas de banano (higuero sagrado) y por las obras de fortificación con los tejados sobresaliendo el uno al otro, sus azoteas y esquinas salientes. Todos estos objetos indicaban la proximidad de una gran ciudad y punto céntrico é importante de la poblacion de un país.

Por fin llegábamos á la barrera, que en la guerra de 1840 cerraba la embocadura del río, y habíamos pasado trabajosamente esta y la fortificación que la defendía, cuando apercebimos los mástiles encarnados de los buques de los mandarines y las primeras casas del arrabal construidas en un zampado; y como si el río hubiera sido interrumpido por esto, una compacta escuadra de juncos pegados el uno al otro y cuyos blancos gallardetes se mecían en el aire, como tambien un número aun mucho mayor de tancas (botes pequeños que son casi tan anchos como largos y que manejan generalmente las mugeres), todo lo cual nos persuadió que nos íbamos aproximando al puerto. A poco rato se presentó á nuestra vista Canton, pues no ocultan ya á esta ciudad tártara las inmensas murallas que la circunvalaban antes; y aunque no se estienda ya sobre el cenagal de las márgenes del Chou-Kiang frecuentemente inundadas, sin embargo, nos habíamos pintado en la imaginación á esta ciudad, como los artistas chinos la llaman encantados, la Venecia del imperio celeste. En el fondo de esta perspectiva se elevan los grandiosos edificios de las factorías europeas, los mástiles con sus gallardetes de los diferentes cónsules y los orgullosos y abigarrados pabellones de Inglaterra, Dinamarca y los Estados-Unidos. Esto era una ciudad de cien mil buques, una ciudad flotante; las filas de palacios con sus fachadas doradas y sus agradables rejillas verdes, sus largas calles de casas pequeñas, de paredes de pino y con setos de bambú, un pintoresco barrio, deslumbrando la vista con sus magníficos colores y con su ruido y actividad que aturden el oído, todo esto fantástico como un cuento árabe ó como un sol en el teatro.

De este arrabal muy estenso, que se estienda en líneas simétricas hacia fuera, se desborda al salir el sol un inmenso gentío, ora para arrojar las redes en el río, ora para cuidar y cultivar los arrozales.

Nuestro vapor proseguía su camino en medio de los tancas, que nos impedían aproximarnos al muelle, y desembarcamos sus pasajeros en la entrada al cuadrado espacioso y plantado de árboles, en cuyo centro tremolaba el pabellón de los Estados-Unidos, habiéndonos su cónsul hospedado de la manera mas fina durante nuestra visita.

Los chinos no han sido nunca muy pródigos en sus atenciones para con los extranjeros; de ello puede juzgarse por la manera tan mezquina con que han medido el espacio destinado para los comerciantes europeos. En 9 á 10 hectáreas de un suelo pantanoso y secado á fuerza de grandes dispendios, hallábase el gran almacén y la ancha fachada de las dos factorías, adornadas de figuras históricas. Estos edificios se hallan contruidos de granito y ladrillos, y divididos en trece grupos por calles que los cruzan, de cuyos grupos, dos con sus ángulos rectos hacia el río limitan la antigua y nueva calle, que estan llenas de tiendas chinas. Aquí es donde se conservan las bandejas para té y café, los artículos barnizados, la porcelana, el marfil labrado y miles de objetos de precios enormes y tam-

bien de una baratura fabulosa, todas obras de los laboriosos artesanos de Canton; y así es que nos apresuramos al instante á emplear en estas bonitas frioleras chinas los pocos dollars de que disponíamos.

Pronto nos habíamos persuadido de que la época de nuestra llegada era muy favorable al objeto de nuestro viaje, que consistía en hacer compras; la aproximación del año nuevo suele hacer á los comerciantes chinos mas moderados en sus pedidos, y dió al sonido de nuestros dollars un encanto irresistible. Una ley obliga á los súbditos del imperio celeste á cerrar sus cuentas y terminar sus negocios antes que la primera luna del año nuevo presente su media cara en el firmamento. En el último tiempo de nuestra visita en China, la experiencia nos habia dado á conocer mejor estos astutos y flemáticos mercaderes, cuya paciencia está á prueba contra todas las contrariedades de la dilación, y aprendimos á conocer la resolucíon con que un chino se ve incapaz y obligado á dominar su avidez y codicia. El comprador insolvente es amenazado con el palo de bambú del Tshé-s-hien; el mercader invita al encenderse los fuegos artificiales y demás diversiones á apresurarse y á unirse con sus vecinos para el juego ó pasatiempo; pero no bajará ni un sapee en sus pedidos, así que reconozca por el imprudente afán del ofrecedor una esperanza de lograr el precio que ha puesto. Pero nosotros habíamos pisado la China justamente en un tiempo semejante, y tuvimos por consiguiente que pagar cara nuestra inesperienza.

De todos los comerciantes el que merecía mas nuestra confianza y cuya tienda se halla mas frecuentada de compradores, era el venerable Soa-qua, un anciano con cabeza temblorosa, cola de pelo cano, y bien abrigado con un sobretodo forrado de algodón, que tenia doblado sobre el pecho. Su inteligente y hábil manera de esponer á la vista sus mercancías hizo aparecer á cada objeto en su punto de vista mas favorable, colocándolo como si fuera el último de su clase; preciosos vasos descansando sobre tripodes de madera escelentemente trabajada, encantadoras macetas de bronce contemporáneas de Ming, una ánfora de Nanking, una copa trabajada del cuerno de un rinoceronte con adornos de hojas de parra y pájaros, un cuerno de marfil embutido de nácar y guarnecido con piedras preciosas de un hermoso corte y pulido. No es menester saber hablar el dialecto de los mandarines ó el *patois* de Canton, para que los comerciantes de la calle de China le comprendan á uno, y solo el conocimiento superficial del inglés basta, porque este idioma ha llegado á ser en efecto el del comercio en el lejano Oriente; sin embargo, no con la ruda y dura pronunciacíon, como suena en su rudeza innata del pecho verdaderamente inglés, sino en lengua inglesa, dulce, ennoblecida y redondeada, así como un noble ingerto extraño en un tronco salvaje. Los chinos hablan sin dificultad ni esfuerzo esta dulce lengua criolla, y parecen encontrar hasta un placer en cambiar la cansada monotonía de su propio idioma con esta fácil corriente de las palabras. Con un laconismo geroglífico y expresivo y una inclinación de reconcentrar sus ideas, tiene este idioma anglo-chino ya su diccionario y sus reglas gramaticales, y tendrá tambien en su tiempo su literatura. El venerable Sao-qua sabia todos los recursos de este modo insinuante de producirse, y no dejó de encantarlos con su elocuencia. Como testimonio merecido de su probada veracidad habia recibido ó adoptado el honorífico sobrenombre del verdadero Talkee, que los ingleses le habian dado por su estremada honradez y lealtad, segun nos dijo. Con qué aire divertido de franqueza y familiaridad apoyaba este viejo, aficionado al ópio, su pálido y flaco rostro en el hombro de su indeciso parroquiano, y decia con tono insinuante de sacrificio propio: *todos vosotros sois mis amigos, — yo digo la verdad, 40 dollars!*

Las telas de seda, tejidas en Kiang-nan y bordadas en el arrabal de Canton, las cajas con artículos barnizados y cubiertas de tan pequeñas figuras, que solo pueden verse por un microscopio, no nos esponian á una tentación menos peligrosa que los objetos de porcelana y bronce en la vieja calle china. En el taller de Cam-qua tuvimos ocasion de ver sus cuadros pintados al temple, el brillo aterciopelado que parecia haber sido arrebatado á las alas de una mariposa. Nos entretuvo mas de una hora, y nos presentó en un album pruebas de su habilidad, que consistían en dioses que lanzaban sus rayos, en guerreros que vaciaban sus aljabas, en espíritus condenados que sufrían los horribos tormentos del infierno de Buddhist, en mandarines sentados en sus asientos de marfil, en ninfas parecidas á los pájaros fabulosos del paraíso, sin pies y meciéndose alegres en el espacio. Por fin acabábamos de hacer compras, pero no antes de haber vaciado nuestros bolsillos. Sin embargo al despedirnos de los comerciantes de la calle de China, debemos hacerles una justicia. No menos astuto que el judío en el Este, lo es el comerciante chino mientras está tratando sobre una venta ó un negocio; pero así que esté convenido se manifiesta tan concienzudo y honrado como el turco mas respetable de Constantinopla; su parroquiano puede fiarse en su cuidado para empacar los objetos comprados y pagar estos anticipadamente sin el menor riesgo.

Las calles vieja y nueva de China son anchas y regularmente construidas, empedradas de anchas y llanas lozas de granito y tienen á ambos lados localidades para vender en el primer piso. Son muy poco frecuentadas, á escepcion de los europeos. Un extranjero que viera estas calles tan tranquilas y desiertas no podria imaginarse ni por sueños el inmenso gentío que existe á pocos pasos de este silencioso barrio, del tumulto del pueblo y del transporte de los fardos y bultos en la calle de la Física. Esta larga, estrecha y torcida calle se estienda de Este á Oeste entre las factorías y las islas del arrabal occidental. Aquí se ostentan con ingenioso artificio las naranjas de los mandarines con su corteza de color encarnado subido, la pámplumosa de Amoy, en cuya corteza se hallan grabadas varias figuras; las peras de Shan-tong y las yuyervas (azufafas) de Petché-li. Aquí se ven anchos cubos con peces vivos de Choukiang y cordeles de bambú con perros de color pardo rojizo destinados para las mesas de los ricos en Canton. Aquí se hallan tambien colgados en la parte delantera de las tiendas perros de agua ahumados y tan aplastados como si hubieran sido prensados, paletas de gatos ensartadas como las perlas, manojos de ratones secados, grandes pedazos de carne de buey, carnero y de cerdos cebados. Increíbles son el movimiento continuo y la confusión de las gentes que hay

en esta calle, que es la mas tumultuosa de Canton; el desdichado extranjero que se metiese en esta corriente sin un de calles, tan uniformes é iguales, y donde cada tienda ofrece las mismas muestras verticales, de suerte que solo la casualidad, el hilo de la Ariadne ó el feliz encuentro de algunos respetables mandarines le permitirían hallar el camino de las factorías.

Una muger china no se presenta nunca á pié en la calle de la Física, y si no ha sucedido alguna desgracia, tampoco se darines tienen sus sillas de mano, aunque estas personas no trasporten; el soltero mas pobre quiere tambien á veces que brille su tren respectivo de la silla de bambú con sus persiana de caña, y al mas humilde ciudadano se le puede ver encorvado y acurrucado en el suelo de su estrecha jaula y llevado por dos criados por medio de la muchedumbre, atropellando á todo el mundo, como si fuera un gran señor. El derecho de tratar mal á los que andan á pié no es un privilegio esclusivo de Canton; corresponde tanto á los poderosos y dignatarios, á quienes preceden sus lictores y verdugos, como á los mozos con los brazos cruzados por detrás y sobre sus anchos hombros una larga vara, en cuyos dos extremos y con bastante equilibrio cuelgan cestos anchos llenos de verduras á estancos ambulantes con peces, encontrándose á estos traficantes en todos los barrios de la ciudad. Por lo demás nunca hay rina ni palos entre estas gentes: el uno codea y empuja á su vez á su vecino sin consideracion alguna, con lo que se acaba todo, pues la paciencia es uno de los rasgos característicos y predominantes de los chinos. Un rico comerciante quiere estar quieto y tranquilo en su bufete, mientras que un mendigo entra en su tienda, pega delante de él con dos pedazos de bambú al uno con el otro y los rompe, entreteniendo su oído con el charivari mas fastidioso del mundo. A pesar de todo se ve al comerciante quedar impasible en medio de este ruido y seguir el curso de sus ideas ó ocuparse de un negocio de la mayor importancia sin hacer notar la menor señal de incomodidad ó impaciencia. Verdad es que alguna vez quiere librarse de esta persecucion por medio de algunos sapees; pero mas frecuente es que la paciencia flemática del sitiado canse á los ataques del sitiador, y que el mendigo ciego se marche en busca de otra casa mas tranquila.

A pesar del tratado de Nanking y de las reclamaciones de Sir H. Pottinger ha quedado cerrada á los extranjeros (bárbaros) la parte interior de la ciudad. Tuvimos por consiguiente que renunciar á la idea de visitar una poblacion tártara; desabamos no obstante dar una vuelta alrededor de la plaza. Abandonamos en su consecuencia las factorías al amanecer el día conducidos por un misionero americano acostumbrado á estas arriesgadas escursiones, atravesamos tranquilamente el arrabal occidental, nos dirigimos después hacia el Este para trepar por los estériles peñascos que en la parte septentrional de la ciudad se hallan cubiertos de tumbas, y dejando esta parte á nuestra retaguardia subimos un cerro, en el cual tenia Sir Hugh Gough su cuartel general el 24 de mayo de 1841. Desde este punto de vista distinguimos los lejanos contornos de las montañas y de los verdes valles, las numerosas vueltas del río y los alegres pueblos esparcidos sobre la llanura. A nuestra derecha estaba el sitio destinado á los ejercicios de tiro de arco y de fuego de fusiles con llaves de mecha, y á nuestra izquierda habia fructíferos jardines bañados por el río. Veíamos andar por entre prados á las amarillas velas, correr á los veloces y fuertes caballos, poner á los *Tigres* del imperio celeste sus lanzas al hombro y pasearse arriba y abajo de la puerta del eterno descanso. Era un panorama completo lleno de vida, animacion y particularidad; pero no nos fué posible ver algo de la ciudad tártara, de cuya vista nos privaron las altas murallas que la rodean, á escepcion de un andamio en el que se halla apostada la guardia de noche, y de una especie de Acrópolis dominada por su pagoda de cinco pisos y adornada de ídolos y una hermosa torre. Nuestro *cicerone* nos apartó pronto de esta vista atractiva, diciéndonos que habia observado que los chinos no molestan á ningun extranjero mientras no hace mas que ir alrededor de la ciudad y domina su curiosidad de ver algo con mas detencion. Nos vimos por lo tanto precisados á acelerar nuestro paso, y volvimos á las factorías tomando el camino por el arrabal situado al Sud de la ciudad cerrada.

El virey que reside en Canton manda las dos provincias de Kouang-si y Kouang-tong: su dominio se estienda sobre un terreno de 70,000 millas (inglesas) cuadradas, y se halla investido del poder supremo sobre veintisiete millones de almas. El imperio chino consta de nueve reinos particulares, situados á una inmensa distancia de la corte del emperador, y cuya distancia se aumenta aun por las dificultades de la comunicacion. La China (1) dista unas treinta jornadas largas de Peking, y es á imitacion de las demás capitales de las diez y ocho provincias (cada dos provincias forman siempre un vireinato) la residencia de un gobierno que únicamente en casos muy raros recurre á la fuente principal de la autoridad suprema: A pesar de este sistema completo de poder otorgado, aun no ha emprendido ningun alto dignatario del imperio á enarbolar la bandera de la rebelion ó á arrogarse el supremo poder, como ha sucedido entre los bajás de los musulmanes. La seguridad del gobierno supremo debe atribuirse indudablemente al servilismo espiritual y á la apocada sumision de los mandarines, que se afanan de continuo á oprimir todo sentimiento de ambicion varonil; y al mismo tiempo se hallan hábilmente construida la máquina del gobierno, que cualquiera asomo de rebellion se halla ya de antemano sofocado. Nunca se emplea á un mandarín como jefe de las tropas en la provincia donde manda, y rara es la vez de que conserve su empleo mas de tres años. De su poder participan tambien varios otros funcionarios enteramente independientes el uno del otro y cuya mútua cooperacion se requiere en todos los asuntos importantes, pasando á la suprema corte de justicia para su decision todos aquellos negocios en que no pueden avenirse. El inmediato en categoria después del virey (este se halla rodeado de todo el esplendor del poder supremo y percibe un sueldo anual de tres mil libras esterlinas ó unos

(1) Este será sin duda alguna igualmente el nombre de una provincia.

trescientos mil rs. vn.) es el teniente gobernador (Fou-yuen), cuyo dominio solo se estiende sobre una provincia y que es enteramente independiente del gobernador general (virey). Este al contrario no puede sin previo consentimiento del Fou-yuen administrar el Wang-m'ng ó el derecho sobre la vida, en virtud del cual puede ejecutarse inmediatamente á un criminal sin necesitarse para ello la aprobacion de la sen- tencia de Peking.

Del mando de la fuerza armada está encargado un general tártaro que tiene á su cargo la seguridad de la capital. La administración de la hacienda corresponde al director general de las aduanas, al cobrador general de las contribuciones y al inspector general de las salinas; la justicia administra un juez, que solo en caso de un crimen capital se halla asistido por las demás autoridades de la provincia. Estos son los funcionarios á quienes está confiado el poder gubernativo del vireinato y bajo cuya inspeccion se halla la administración de los distritos y provincias. Cada una de estas está á cargo de la jurisdiccion de un magistrado civil que desempeña las funciones análogas á las de los prefectos en Francia, solo con privilegios mas amp- lios. Cada provincia tiene un magistrado particular, una clase de subprefectos, que á imitacion del magistrado del distrito se halla investido simultáneamente del poder judicial y ejecutivo. La provincia donde está situado Canton se divide en once partidos, para cada uno de los cuales nombra el magistrado á un empleado, á quien corresponde el ejercicio de la policia y la cobranza de las contribuciones. Estos em- pleados son de una clase subalterna, llevan por distintivo únicamente el boton, y los magistrados los sujetan sin consi- deracion á la bastonada. Sin embargo, fuera del país, cuando se han de ejecutar obras públicas ó decidirse cuestiones im- portantes, lleva el mas antiguo de ellos la presidencia y dirige las negociaciones.

El despacho de los negocios en China es por lo tanto muy poco complicado, segun acabamos de ver; 14,000 mandarines bastan para gobernar una poblacion de 361 millones de al- mas (1); pero la sencillez de la organizacion lleva, en vista de los extraordinarios privilegios que gozan algunos individuos, tambien consigo unos resultados inherentes á una administra- cion despótica, vr. gr. la venalidad de la justicia y las odiosas exacciones de las contribuciones. Las sentencias de los tri- bunales se hallan en cierto modo dependientes del martillo en las ventas públicas, y las decisiones judiciales en las manos de los que mas ofrecen. A todo chino, desde la edad de 20 á 60 años, se le impone una contribucion de propiedad, sien- do esta del producto del suelo, que segun la calidad de la tierra importa la décima hasta trigésima parte de la cosecha. Pero los mandarines duplican ó triplican casi siempre esta contribucion á medida de su codicia.

Por fin llegó el día en que fuimos admitidos á la audiencia del gobernador general de Canton, el hombre político mas importante del imperio celeste, el tártaro mas honrado que jamás ha llevado la pluma de pavo real y el boton encarnado. El virey no puede recibir la mision de una potencia estran- jera en su palacio, que está situado en el punto céntrico de la ciudad tártara. El mandarin Potingua, el hijo de un rico comerciante, puso por lo tanto á la disposicion del goberna- dor su casa de campo situada á las márgenes del rio, y así fué que se trasladaron á esta quinta china en la mañana del 19 de enero próximo pasado la embajada francesa y los ofi- ciales del buque la *Bayonnaise*. La barca del mandarin, en que nos embarcamos en el arrecife de las factorías, nos hu- biera conducido sin dificultad hasta el origen del rio Chou- Hing. Esta barca de recreo llevaba en la cubierta un edifi- cio espacioso con varias divisiones; está repartido en dos salas adornadas de trabajos en bambú y marfil de mucho gusto. En la cubierta andaba de arriba abajo la tripulacion armada de largos palos, tratando de conservar el pesado buque en el medio del rio ó de conducirlo de una orilla á la otra, si se habia salido de la corriente. Después de traspasar una hora entró nuestra barca en el canal abierto en la orilla izquierda del rio, al través del nuevo terreno aluvial, y nos puso en tierra á la entrada en el parque de Potingua. Así que pisamos la fangosa orilla del canal, entramos en uno de los jardines que gustan tanto á los chinos, con sus estanques llenos de verde agua, sobre la que corren en líneas cortadas puentes, que sobre una doble fila de arcos ponen en mútua comunica- cion entre sí pequeñas islas artificiales y alturas en miniatu- ra. El aire era pardo y nebuloso, los árboles en su mayor parte privados de su follaje, la influencia del crudo temporal durante algunos inviernos habia borrado poco á poco los co- lores brillantes, de los cuales solo adquirimos una ligera idea en las carcomidas galerías de los puentes y en la fachada cer- rada del pabellon, donde nos esperaba el virey. El kiosco ó casa de verano con sus coronamientos y piedras de soporte fantásticos, y llevado por ocho columnas de granito, se halla en medio de un estanque sin corriente cubierto de las an- chas hojas de la azucena acuática. Las indecibles señales de decadencia y vejez estaban impresas en toda la escena alre- dedor, que bastaba para quitar á estos parajes todo el encan- to y á revestirlos con el colorido de una melancolía delirante.

(Se continuará.)

UNA BODA EN GRANDE.

NOVELA

que la falta poco para ser historia.

(Conclusion.)

Un nuevo campanillazo hizo dar un salto á D. Ambrosio, D. Antonio y Doña Matea.
—¿Quién será? dijeron Dolores y Adela á un mismo tiempo.
—Señor, dijo una criada dirigiéndose á D. Ambrosio, dos señoras con un niño, y acompañadas de una criada preguntan por Vd.
—Que pasen adelante, contestó D. Ambrosio bastante al- terado.
—¡Dos señoras! murmuraron Adela y Dolores...

(1) Otros calculan la poblacion de la China en 250 millones de almas.

—Pues señor, esta noche tenemos un lleno completo, dijo Federico con buen humor.

En este momento aparecieron en la sala dos señoras con el velo de sus mantillas caido sobre su cara; una de ellas daba la mano á un niño, quien al ver á Federico empezó á gritar: ¡papá!... ¡papá!... Las señoras se levantaron entonces los velos, y Federico, absorto y confundido ante la presencia de Doña Dorotea Regalejo, viuda de un intendente, madre de Elisa, y abuela del niño que le llamaba padre, hubiese dado la mitad de su existencia por tener un escotillon bajo de sus piés para desaparecer como un mago, y no volver á presen- tarse jamás delante de cuantos en aquel momento le miraban.

—¡Sientense Vds. señoras, dijo D. Ambrosio á las recién lle- gadas. He sabido que Vds. son muy amigas del que lo es mio el señor D. Federico García, y debiendo tratarse esta noche su boda con mi sobrina Dolores, hija de mi primo el señor D. Antonio Mendoza que Vds. ven aquí, me he tomado la li- bertad de convidar á Vds. con objeto de...

—Señor D. Ambrosio, dijo Federico levantándose amarillo de cólera, yo no tolero que nadie me insulte impunemente. Si yo...

—Silencio! gritó D. Ambrosio con tono amenazador. Sé lo villanamente que Vd. se está portando con estas señoras dignas de mejor suerte, y conozco tambien sus planes de Vd. para con mi sobrina... Todo lo sé y estoy decidido á que Vd. repare faltas que le perdonaré el mundo si ve en Vd. de aquí en ade- lante el comportamiento de un hombre honrado. Esa señora es su esposa de V., continuó señalando á Elisa, y ese que trae de la mano su hijo... Si el dulce nombre con que al verle la angelical criatura le ha saludado á Vd., halla la acogida que debe en un corazon noble, yo le prometo que su padre de Vd. le pro- tegerá, y hasta se envanecerá de que cumpla Vd. como debe un caballero... pero si por el contrario Vd. continúa desenten- diéndose de compromisos y obligaciones sagrados, las leyes se encargaran de castigar tanta maldad, y la opinion pública juzgará como merece á un hombre indigno de vivir en una sociedad culta y moral.

Un momento de silencio siguió al anterior sermón, que D. Ambrosio enderezó al joven libertino, y ya iba á volver á la carga, cuando el niño, que se habia soltado de la mano de su madre, se acercó á Federico, y abrazándole una rodilla le dijo:

—¡Papá, papá! Mira cómo llora mamá... ¿No me quieres? La situacion era demasiado interesante para que no arran- case lágrimas de todos los que la presenciaban. Adela, cediendo á un movimiento instintivo de su buen corazon, se levantó sin poderse contener, cojió el niño, y radiante de hermosura, con los ojos vertiendo lágrimas, y llenándole de besos gritó: —Ven, hijo mio, ven á buscar otro padre, ya que el que te ha tocado te desconoce... Papá, que sea de hoy mas mi her- mano...

Este rasgo de Adela hirió el corazon de Federico en tales términos, que levantándose precipitadamente se dirigió á Eli- sa, y con la voz ahogada por los sollozos, la dijo:

—Elisa mia, perdón: Vd. me ha salvado de un precipicio, continuó dirigiéndose á D. Ambrosio, pero le ofrezco que ma- ñana mismo se celebrará mi boda con Elisa... Vd. será mi pa- drino, y mi reconocimiento hácia Vd. durará siempre.

Elisa y Federico estaban agarrados de la mano delante de D. Ambrosio, que con el niño en los brazos enjugaba una lágrima que corria por su acartonada mejilla. Dolores y Adela abrazadas á Doña Matea lloraban enternecidas por una pe- ripetia tan dramática... D. Antonio estrechaba la descarna- da mano de la viuda del intendente, que lloraba tambien á su vez... todos, en fin, presentaban un cuadro que no hay pin- cel que le traslade al lienzo, ni pluma que le describa.

Doña Dorotea, Elisa y Federico se retiraron después de la escena que acabamos de referir, quedándose solos los demás. Dolores y Adela apenas podian salir de su asombro, especial- mente la primera, que habia visto destruidos en un momento todos sus sueños de oro respecto á su matrimonio con el hom- bre á quien amaba: entonces D. Antonio, tomando la palabra, la dijo:

—Hija mia, ya has visto el atroz desengaño que acabas de sufrir de un hombre que te juraba amor, quizás para des- preciarle después como á la desgraciada Elisa. Ya ves tam- bien cómo en Madrid no son todas las cosas tales como nos las presentan una porcion de apadriasas con que se revisten. Tu hermana se casará en nuestro pueblo á nuestra llegada con un labriego que la hará dichosa: tú te vendrás mañana mismo conmigo, y si en algo aprecias la honra y tranquilidad de tus ancianos padres, renuncia para siempre á esos sueños de ambicion que trastornan tu razon presentándote como la única felicidad la realizacion de lo que tú llamas una boda en grande.

Al siguiente día se celebró la boda de Federico, previo el consentimiento de su padre, con Elisa, asistiendo á ella toda la familia de D. Ambrosio: Adela se olvidó del desaire é incons- tancia de su amante con la esperanza de hallar otro pronto, y Dolores acompañada de D. Antonio abandonó Madrid para siempre, pensando en que muchas mugeres sufren como ella terribles de-sengaños, quedándose por último solteras, desen- gaño que no es flojo que digamos, ó son víctimas de su am- bicion desmedida, por cifrar toda su felicidad en hacer lo que generalmente se denomina una boda en grande...

EL BARON DE ILLESCAS.

ISLAS DE NIKOBAR Y SUS HABITANTES.

Todo el grupo de islas de Nikobar, perteneciente al ar- chipiélago de la India Oriental y no muy distante de la punta Noroeste de Sumatra, se compone de ocho grandes islas y doce mas pequeñas, que abrazan una superficie de 30 millas cuadradas, con unos 6,000 habitantes.

En el año de 1758 intentó por primera vez la compañía asiático-danesa colonizar las islas de Nikobar; posterior- mente, desde 1768 á 1787, ciertos sectarios religiosos de Alemania, conocidos con el nombre de *Herruhutz*, tui-eron un establecimiento en la isla de Nangcovy, y finalmente en el año de 1778 fundó el capitán austriaco Benurit, en nombre de su gobierno, una pequeña colonia en la isla de Camorta. Pero todos estos proyectos fracasaron á causa del

clima, y solo los daneses que han dado á todo el archipiélago el nombre de islas de Federico, volvieron en 1832 á tomar posesion de Camorta y Nangcovy con ánimo de formar allí algunos establecimientos.

La isla Gran Nikobar está rodeada de escarpadas monta- ñas, cuya piedra arenisca produce carbon mineral; y la isla pequeña se distingue por su fresco verdor y la multitud de árboles, particularmente de cocos, cuyo fruto sirve en su mayor parte de pasto á los monos. En sus riberas se encuen- tran magníficos bancos de coral, resina fósil, serpentina y arcilla que contiene algo de magnesia, y en los pantanos her- mosas palmeras, cuyos frutos se ven salir á flor de agua. En todas estas islas hay muchas clases de higos y bananos es- traordinariamente desarrollados, helechos, jazmines, acacias y otras varias plantas raras, y gran variedad de animales como monos, jabalíes, búfalos, palomos y papagayos, ratas, murciélagos y cocodrilos.

Los hombres, que viven por lo regular en las costas, van ordinariamente desnudos, y son de una conformacion fuerte y tosca, con la cara bastante ancha y la piel morena, tirando á cobriza. Su alimento consiste en cocos, ananas, cañas dul- ce y una fruta en forma de piña, de color de naranja y de gusto muy agradable: sus cabañas tienen la forma de colme- nas con un hogar en el interior, pero sin ventanas ni chime- neas, de modo que la abertura de entrada hace las veces de todo esto, y el tejado es de hojas muy bien entrelazadas y de bastante espesura para resistir la lluvia y el sol: y sus ca- noas son hechas de troncos de árboles ahuecados, que sirven para la navegacion y la pesca á las que ponen en los viajes largos unos pequeños mástiles de bambú con velas de hojas de palmeras tejidas.

Entre los Nikobares reina generalmente la mas completa igualdad, pues las mugeres participan de los mismos dere- chos y ocupaciones del hombre; los mas distinguidos que han solido tratar con europeos y llevan traje europeo, se lla- man capitanes. En las islas del Sur los cocos son comunes á todos, pero en las del Norte hay un derecho fijo de propie- dad. En cuanto al hurto, si el ladrón no quiere dar volunta- riamente una recompensa equivalente, debe el robado obte- ner una satisfaccion, ya por la astucia ó ya por medio de un duelo ó palos. No se conoce aquí notablemente la poligá- mia, pero se ven con frecuencia bastantes divorcios.

Apenas se encuentra huella alguna de religion, á no ser los espíritus, Ivi, que habitan en los bosques en lo interior de la isla, y á q uienes se tiene por causantes de todas las des- gracias; por lo que hay unos sacerdotes y médicos al mismo tiempo, llamados *Mahues*, encargados de arrojar ó conjurar á aquellos Ivis, cuyo empleo de sacerdotes es hereditario de pa- dres á hijos.

En general son bastante ignorantes, pues ni siquiera sa- ben la edad que tienen. Consideran como madre patria la isla Gran Nikobar, á la que dan el nombre de Laoi, que significa propiamente tierra firme, y cuentan que una vez hubo en esta isla una grande inundacion que arrastró hombres y ani- males, y de la que solo se salvó un hombre subiéndose á un árbol muy alto; luego que el agua se hubo disipado, miró alrededor y no descubrió mas ser viviente que una perra, de la que se enamoró, procediendo de esta union la poblacion actual.

Los isleños de Nikobar tratan en cocos, nidos de golon- drina, ámbar y concha. Si pueden obtener algun traje euro- peo, y particularmente un sombrero, lo tienen en grande es- tima y frecuentemente se apropian nombres europeos como Lord Byron y otros. Son hospitalarios y serviciales con los estranjeros, y muchos comprenden el portugués por el mucho comercio que han tenido con los portugueses. En cuanto á su idioma es un conjunto de sonidos nasales y guturales que hacen bastante desagradable y difícil su pronunciacion.

PLAZA DEL MERCADO DE KOMORN DESPUÉS DEL INCENDIO.

En uno de nuestros números anteriores hicimos ya una relacion en general de Komorn; por consiguiente nos limita- remos á decir ahora que el grabado que damos en este núme- ro representa la plaza del ayuntamiento de Komorn, en donde se halla la iglesia catedral, que es la que tiene dos torres, y en la cual predica en húngaro, la iglesia alemana, y en medio la columna con la Santísima Trinidad. Tanto las iglesias como las casas fueron arruinadas por el incendio; pero ya se hallan en parte reconstruidas. En esta plaza es donde se ce- lebra los días de feria el mercado, al que acuden gentes de todas clases y condiciones, presentando todo esto en dichos días un conjunto de animacion, alegría y sencillez que sor- prende agradablemente.

EL LADRON DE LA CORTE.

NOVELA.

CAPÍTULO PRIMERO.

La taberna de la reina.

En 1562, reinando Erico XIV, un polaco llamado Boleslao emigró en Suecia, á causa de ciertos altercados con la justi- cia de su país. Dotado de un talento exquisito para el robo y de una audacia sin límites, poseia Boleslao todas las cualida- des que han adornado en todos los tiempos á los ladrones cé- lebres.

A su llegada á Stocolmo se apresuró á afiliarse en una compañía de bandidos nacionales, cosa que deseaba ardient- mente; y con ayuda de unas treinta piezas de oro, resto de las importadas de Varsovia, logró alcanzar bien pronto una distinguida popularidad entre sus compañeros, que recono- cian en él una inteligencia superior, una mirada de buitre, mucha prevision al ejecutar sus atrevidos proyectos, y sobre todo una probidad inverosímil. Estas virtudes reunidas le ha- cian un perfecto ladrón, acreedor á ocupar uno de los mas elevados puestos entre los de su calaña.

Desde que Boleslao habitaba la capital de la Suecia, los jefes de la policia no disfrutaban de un momento de reposo. Todas las clases del estado se hallaban poseidas de la mayor agitacion. Los nobles y los ricos eran los que mas molestaban á la policia. Unos se quejaban de robos cometidos en sus ca-



El ladrón de la corte.

sas de campo; las damas pedían sus joyas, que les habían sido sustraídas durante su sueño; los cortesanos reclamaban lujosas capas que les eran quitadas de los hombros con la mayor sutileza hasta en el mismo palacio real; y el jefe de la policía únicamente oponía á todas estas quejas su impotencia para descubrir á los autores de estos robos.

Algunos rumores llegaron á oídos del rey; y como al parecer, por desconfiado, cruel y suspicaz, merecía Erico el odio de sus vasallos, creyó que aquel rumo encubría alguna conspiración; y ocultando hipócritamente su sospecha, hizo llamar á su ministro Goran Persion.

—Caballero, le dije, tengo entendido que mi pueblo desea vuestra destitución, porque no castigais los crímenes de que es tan á menudo víctima.

—Señor, contestó el ministro, mis ojos no ven mas que lo que á V. M. toca. Otros crímenes que mas amenazan la seguridad del trono, algunos complots abortados, pero que pueden fácilmente renacer, me tienen en acecho de continuo, por cuya razón debe escusarme que no tenga tiempo para ocuparme de las personas que se olvidan de cerrar bien las puertas de sus casas.

—¿Es posible! respondió Erico con mas dulzura.

Y despues de un instante de reflexion:

—¿Qué quieren pues esos revoltosos que conspiran contra mí? ¿ir á parar en una de nuestras fortalezas de Finlandia? Pues bien: lo conseguirán.

—Ante todo, señor, sabed que entre los malcontentos hay algunas cabezas demasiado elevadas que no os atreveriais á cortar.

—¿Mis hermanos? ¿mis dos hermanos quizás? ¿que tiembelen! Yo soy la copa del arbol, y todas las ramas que me estorben caerán si lo creo necesario.

El ministro no pudo menos de temblar al oír estas palabras pronunciadas en un exceso de furor.

—Mas tarde nos ocuparemos en esta cuestion política,

prosiguió Erico; trátase ahora de otra puramente de policía, cuyos misterios debemos descubrir; y pues vuestros ordinarios agentes no sois capaces de lograrlo, yo hallaré uno mas eficaz que todos ellos, y os aseguro que dentro de pocos dias esos ladrones que tanto terror infunden á Stokolmo serán presos y juzgados. Esperad mis órdenes relativamente á este asunto, caballero.

Y el rey despidió con un ademán al alto dignatario.

Cuando quedó solo reflexionó Erico que para la delicada expedición que proyectaba no podría elegir mejor agente que él mismo. Este soberano absoluto, como todos los que saben serlo, aborrecía á los grandes, y profesaba particular adhesion al pueblo.

Entre los reyes de Francia, cuya historia conocía perfectamente, era Luis XI al que mas admiraba. La doblez y la astucia de *aquel zorro coronado* ganaron las simpatías del monarca sueco, que, á fuerza de estudiarle con afán, y sin tener los recursos de imaginacion de su modelo, ni ser para ello tan á propósito, habia conseguido parecersele muchísimo, logrando tener á raya á los numerosos conspiradores que turbaron su reinado.

Uno de los medios que con mas frecuencia empleaba Erico para estar al corriente de lo que decían y pensaban de él sus vasallos, era disfrazarse; pero para dar mas completa idea de su carácter debemos añadir que estos disfraces tenían tambien otro objeto: el rey de Suecia era soltero. Despues de haberle sido negadas en la persona de sus embajadores, Isabel, reina de Inglaterra, María Stuardo, y hasta la hija del langrave de Hesse, habia sentido una profunda aversion hácia todas las princesas de Europa. Para vengarse de ellas y hacerlas ver que las despreciaba, se habia enamorado de una muger del pueblo. La hija de un paisano de Medelpad, llamada Catalina Mansdotter, á quien habia visto en el mercado de Stokolmo, donde vendía nueces, segun un historiador, cautivó enteramente el corazón de su soberano sin conocer el valor de su conquista.

Erico la veía y la prodigaba su ternura, por supuesto bajo otro nombre, hasta el momento en que despreciando la opinion de su corte y de la Europa entera, la sentó en su trono, como hizo mas tarde Pedro el Grande con la querida de Menzikoff, aquella otra Catalina, que no era mas que la pobre viuda de un soldado.

En la época en que pasa nuestra historia estaba en su principio la pasion del rey. Catalina no sospechaba aun quién era su amante; pero adivinando en él nacimiento mas elevado que el suyo, para distraer algun tanto sus ausencias, aprendió á leer y á escribir, á fin de reformar su lenguaje con la instruccion.

El principe, despues de adoptar por capricho el papel de primer magistrado de policía, se vistió un traje negro forrado de amarillo, calóse un gorro, y así disfrazado como los judíos que van á comerciar á Stokolmo, se dirigió á una



El ladrón de la corte.

á ocuparse de sus ganancias que á reparar en los que la oían. Erico divisó una mesa ocupada por un solo individuo que bebía silenciosamente, sin tomar parte en la general animacion, y le pidió permiso para sentarse á su lado.

—Con mucho gusto, judío, aunque no simpatizan mucho conmigo los de vuestra religion, respondió el hombre.

—¿Y por qué, amigo mio? ¿os han hecho algun daño? ¿os han engañado alguna vez?

—Ni lo uno ni lo otro, á Dios gracias. Yo me burlo de todo Israel; pero cada uno tiene sus inclinaciones y sus caprichos. No por esto creais que dejo de estar á vuestra disposicion

de la sinagoga; y si no teneis mucho dinero, bebed sin temor que yo pagaré vuestro gasto. Tal es mi carácter.

—Gracias; soy suficientemente rico para satisfacer mis gustos, por mas dispendiosos que sean.

—¡Ah! ¡sois rico! exclamó vivamente su interlocutor; no es prudente decirlo en voz alta, mi querido Abraham...

—¿Por qué razón?

—¿Por qué razón? ¿os olvidais de Boleslao y de su partida?

—¿Boleslao! ¿qué quereis decir?

—¿No le conocéis? ¡ah! aunque espongais á cada instante vuestra vida; aunque hayais merecido la muerte en todos los países civilizados; aunque seais el hombre mas desalmado del mundo, nunca tendreis una reputacion tan proverbial como la suya. Palabra de honor: esto atemoriza... Judío ignorante, si Boleslao supiese que le habeis rebajado hasta el extremo de decir

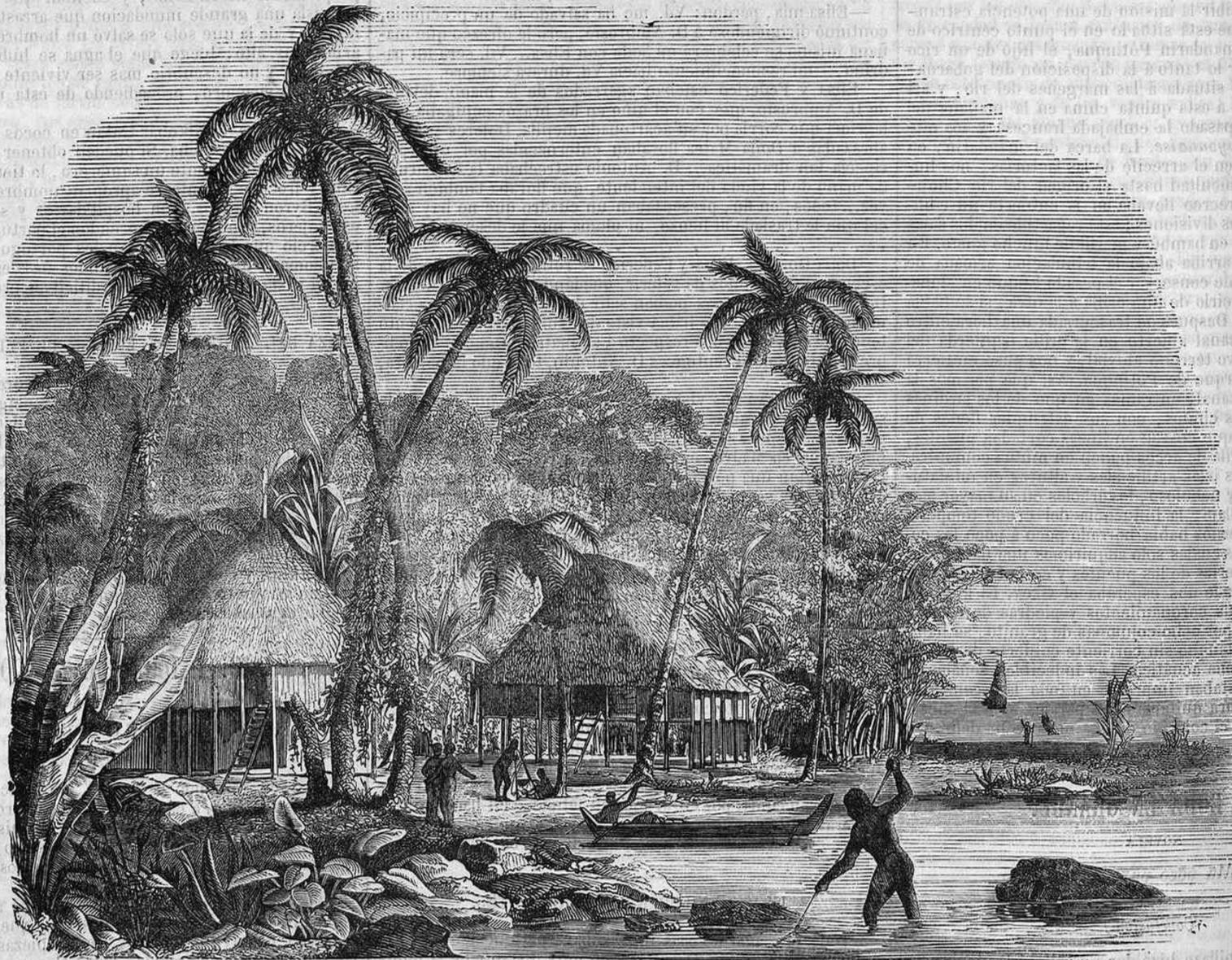
que no le conocéis, hoy mismo no hallaríais en vuestra casa ni aun para hacerlos enterrar gratis.

—¡Ah! ¡ah! ¿tan temible es ese bandido?

—Es un diablo de carne humana, que toma todas las formas y bolsas que le convienen.

—Entonces será muy necesario conocerle bien para poderle combatir. ¿Le habeis visto por casualidad?

—Una vez.



Cabañas de los isleños de Nikobar.

taberna célebre sita al fin de la calle de la Reina, una de las mas hermosas de la ciudad.

Era día de mercado: la tasca estaba llena de mercaderes de Upsal, de Upland, de la isla de Toren, de Fislândia y hasta del Lapon: como animados por las repetidas libaciones, hablaban todos á la vez con voz estentórea, sin cuidarse de los que entraban y salían, no fué muy difícil al rey pasar desapercibido entre aquella turbulenta multitud, mas dispuesta

que no le conocéis, hoy mismo no hallaríais en vuestra casa ni aun para hacerlos enterrar gratis.

—¡Ah! ¡ah! ¿tan temible es ese bandido?

—Es un diablo de carne humana, que toma todas las formas y bolsas que le convienen.

—Entonces será muy necesario conocerle bien para poderle combatir. ¿Le habeis visto por casualidad?

—Una vez.



El ladrón de la corte.

—Y podreis darme sus señas?
—Sí, aunque será inútil enteramente, porque unas veces es un pobre viejo de cabellos blancos como la nieve que os persigue hasta en los templos, porque le deis limosnas, á la fuerza; otras es un elegante caballero que pasea en carroza, y juega muy fuerte en los altos círculos; y otras, en fin, se disfraza con la librea de lacayo, sin que nadie lo pueda saber ni aun adivinar. En conclusion, ¿querreis creer, hijo de Jacob, que ha tenido el atrevimiento de servir durante una semana al primer magistrado de policía en calidad de ayuda de cámara, y que este dignatario no lo ha sabido hasta que Boleslao desapareció de su casa, llevándose seiscientos ducados que estaban en depósito en la caja de seguros generales? ¡Oh! ¡es portentoso!

—En efecto, respondió el rey observando con la mayor atención al que le hablaba; pero ¿cómo conoceis tan en por menor las hazañas de ese bandido?

—Es fácil de explicar: he sido veinticuatro horas su prisionero.

—¿Dónde y cómo?

—Hace cerca de un mes: yo venia, como ahora de la Sudermania, donde de comercio en diamantes. Hallábame ya á una legua de Stokolmo, cuando cerca de un bosque de abetos me vi rodeado por la cuadrilla de Boleslao que me condujo á la presencia de su jefe. Ocupaba este una casa solitaria, edificada á un lado del camino, y sentado á la mesa delante de un buen fuego cantaba alegremente saboreando el vino de Francia.

—Y tuvisteis suficiente tiempo para examinarle?

—¡Oh! de sobra. Pero ¿os lo confesaré? Aquel terrible bandido no me inspiró ningún temor. Su risa era tan franca, su alegría tan natural, que al lado suyo se creia uno tan seguro como con un amigo. Antes de preguntarme qué dinero llevaba, me invitó de la manera mas cordial á participar de su comida. ¿Qué hubierais hecho en mi lugar?

—Hubiera aceptado.

—Eso hice yo. Cuando concluimos era ya de noche; habia pues llegado el momento de pagar mi libertad, y temblaba calculando que iba á costarme muy cara. Boleslao me interrogó sobre el estado de mis negocios, y cuando le hube dicho era padre de una numerosa familia que iba á quedar reducida á la mayor miseria si me despojaba de las alhajas que venia á vender en Stokolmo, el buen ladrón pareció enternecerse. —Escucha, me dijo, no quiero ser la causa de la ruina de tus hijos: te dejo tus mercancías y no quiero siquiera verlas, porque acaso me tentarian. Pasarás esta noche bajo mi hospitalario techo, sin temor á los de mi cuadrilla, y mañana partirás para la capital: pero despues de vendidos tus diamantes, volverás aquí y me entregarás la mitad de tus ganancias. ¿Te conviene este trato?—Yo me apresuré á responder que era

muy generoso y que aceptaba sus condiciones. Me hizo jurar que cumpliria con la mayor buena fé mi promesa, y esta tarde es cuando debo partir.

—¡Esta tarde! dijo Erico reflexionando; ¿no podríais suspender vuestra marcha hasta mañana por la mañana?

—Muy fácilmente. Además me queda todavía un cofrecito que vale dos mil ducados, y temo que mi asociado quiera tambien llamarse á la parte de él, como obra de vuestras ganancias.

—Estad tranquilo; nada le dareis, porque yo os acompañaré.

—¡Vos, malhadado judío! temo esponeros á una desgracia... iré solo...

—¡Cuando os digo que yo lo quiero! exclamó el rey con autoridad.

—¡Yo lo quiero!... ¡con qué tono me decís eso! ¿Sabeis que aunque fuérais el arzobispo de Upsal no hablaríais con mas imperio?

—Puede ser; pero para estar seguro de que no me faltais dadme vuestro cofrecito...

—Mi querido hijo de Israel, es preciso que seais muy necio para hacerme semejante proposicion. ¿Os conozco yo acaso? ¿Sé si traeis en vuestros bolsillos dinero suficiente para pagármelo? ¿Cuál es vuestro nombre? ¿dónde vivís? ¿quién os fia?

—Todo eso es inútil. Yo puedo daros ahora la mitad del valor de esas alhajas, y mañana os esperaré cerca de aquí, en una casa de pobre apariencia donde vive una jóven llamada Catalina Mansdotter.

—¿La linda vendedora de nueces? la conozco; pero no sé si debo confiar...

Esta conversacion, que tenia lugar en una de las habitaciones interiores de la taberna, fué interrumpida por un movimiento general de todos los bebedores. Causábalo el jefe de policía que acababa de entrar para visitar el establecimiento llevando consigo un gran lienzo que mandó colocar en medio del salon, anunciando que era el retrato lo mas parecido posible del ladrón Boleslao, que tenia orden de dar á conocer al público, para que todos los buenos suecos prestasen ayuda á la justicia en su persecucion.

El mercader de diamantes, al escuchar desde el fondo del gabinete las últimas palabras de la proclama, miró sonriendo á Erico, y le dijo al oido:

—Hacen bien de apresar al retrato, porque solo nosotros dos somos capaces de prender al original.

—¿Consentis pues? dijo el rey.

—No tengo ya inconveniente. Dadme mis mil ducados, y hé aqui el cofrecito.

Y lo abrió para que su interlocutor lo examinase.

Este le entregó la suma estipulada, añadiendo:

—Hasta mañana. Preguntareis por el señor Magnus.

—Convenido, dijo el comerciante entrando en la gran sala de la taberna.

Como los demás bebedores contempló el retrato del célebre ladrón, y se alejó tranquilamente.

—Amigos míos, decia en aquel momento el magistrado, el miserable que en vano perseguimos, es tanto mas temible, cuanto que no tienen número sus robos. Anoche se introdujo por medio de una escala en casa de la condesa de Worden,



El ladrón de la corte.

—Veámosle, pues.

Y se dirigió hácia el rey, que en aquel momento examinaba con la mayor atención los diamantes que tenia en la mano.

Muchos bebedores le siguieron, y un grito acusador se elevó de todos lados al ver al judío en posesion de la joya de que acababa de tratarse.

—¡El es! ¡ya le tenemos en fin! ¡cerrad las puertas! gritaban con júbilo los mercaderes.—Prendedle, señor burgomaestre, prendedle.

Esta manifestacion pública hizo al rey levantar la cabeza, y paseando sus miradas por todos los concurrentes les preguntó qué querian.

El burgomaestre, á quien Erico volvia á la sazón la espalda, se le acercó con avilantez mezclada de temor, porque como tenia el convencimiento de que el falso israelita era Boleslao, recelaba que ocultase un puñal ó cualquiera otra arma. Llegóse á él pues, le cojió con destreza los dos brazos, y anudándoselos en la espalda, gritó enérgicamente:

—¡Rindete, cobarde, ó eres muerto! ¡tus esfuerzos para escapar se rán inútiles!—Amigos, dadme cuerdas para atarle y que sea conducido á una prision.

—¡A una prision! exclamó el rey desasiéndose del burgomaestre con una violenta sacudida; ¿por quién me tomáis, señores?

Y se presentó de cara á los concurrentes.

—¡Gran Dios!... balbuceó el burgomaestre; no es; no me lo va á perdonar...

Y pronunciando estas frases entrecortadas, el pobre jefe de policía perdió el sentido, y cayó de espaldas en medio de la habitacion arrastrando tras sí una mesa.

Todos acudieron á su socorro y se le prodigaron cuidados que pronto le volvieron á la vida. Sus ojos buscaron al judío, y le hallaron de pié, apoyada la cabeza en la palma de la mano, y mirando con aire sombrío la ridícula escena que acababa de pasar.

El burgomaestre, escapándose de los que le rodeaban, se precipitó á los piés del príncipe, articulando algunas frases ininteligibles.

—¿Qué significa este acto de sumision? dijo Erico en tono de mofa. ¿Ha perdido de repente la cabeza el burgomaestre de Stokolmo? ¿Qué he hecho yo, pobre é indigno judío, para que un gran señor se arroje á mis plantas? ¿Es esto una burla ó un insulto que se quiere hacer á los de mi religion?

—Pero si...

—¡Callad, señor magistrado; veo que aun no estais del todo en vos. Vamos, miradme bien, y me reconocereis. Yo soy Magnus, el chalan... ya me habeis visto muchas veces...

—Es verdad... es verdad... se contentó con replicar el burgomaestre; lo habia olvidado... perdonadme.



Canoa de los isleños de Nikobar.

y forzando un escritorio se apoderó de un magnífico cofrecito...

—¡Ah! exclamó el auditorio indignado.

—Pero el infame ha errado el golpe, continuó sonriendo el jefe de policía. La condesa esperaba su visita hace mucho tiempo, y habia puesto á buen recaudo sus diamantes, usando de unos falsos provisionalmente, por cuya causa es hoy Boleslao poseedor de un tesoro ficticio que no vale diez rixdaldas (1).

Esta revelacion fué acogida con una carcajada general.

—¡Unos diamantes falsos! exclamó á la sazón una voz salida de la habitacion inmediata.

—¿Quién habla ahí? replicó enérgicamente el jefe de policía, dirigiéndose al dueño de la taberna.

—Es un judío que está en esa habitacion hace mas de una hora, señor magistrado, y que aun no ha satisfecho lo que ha bebido, contestó aquel.

(1) Cien reales.

—No tengo que perdonaros... habeis cumplido vuestro deber, y si alguno de nosotros ha sido engañado, no habeis sido vos...

—¿Cómo! ¿qué ha pasado?

—Una truhanería hábilmente tramada de que he sido víctima. Ese Boleslao que creiais haber hallado, estaba aquí efectivamente hace muy poco. El infame me ha referido un cuento tan largo y verosímil, que al fin le he dado mil ducados sobre este cofrecito...

—¿Qué desgracia! exclamó el tabernero; ¡pobre judío!

—No me engañará otra vez. El ladrón se nos ha escapado, señores, y es preciso volver á empezar.

—Bien veis que no es tan fácil cojerle como el rey cree, prosiguió el magistrado, pues vos mismo le habeis tenido cara á cara durante una hora...

—Basta: no me gustan los consejos, sobre todo cuando he pagado tan cara mi falta.

—Mr. Magnus quiere que le acompañe?

—No; únicamente os encargo que entreguéis estos diamantes á la condesa de Vorden, ocultándola cuánto me han costado; y la direis de mi parte que la felicito por su precaucion.

El rey salió después de saludar á todos, y como la noche empezaba á tender su velo sobre la poblacion, después de asegurarse de que nadie le seguía se dirigió hácia una calle estrecha y solitaria, situada detrás de palacio, y llamada de Myan-Gatan.

CAPITULO II.

La vendedora de nueces.

En esta calle de Myan-Gatan elevábase una casa de mediana apariencia en medio de un corral plantado de árboles cuyas ramas subian hasta las ventanas. Una puerta cochera fabricada en el muro daba entrada á esta vivienda, compuesta de solos dos pisos; y aunque su interior era algo pobre, el lujo de su mueblaje anunciaba una fortuna superior á la calidad de las personas que la habitaban.

En ella vivía Catalina con su padre y su madre, pobre enferma que no podía moverse de su sillón.

—Y bien Catalina, ¿nos quieres servir la cena? decía Mansdotter, padre de la jóven, dando impaciente un puñetazo sobre la mesa. El stockfish debe estar cocido hace mucho tiempo.

—Héle aquí, héle aquí, respondió Catalina poniendo sobre la mesa un plato de pescado salado y un jarro de cerveza. Pero no me atormentéis, padre mio; bien sabeis que yo nada tomo á la fuerza.

—Precioso razonamiento! Ignoro por qué razón, pero hace algun tiempo que olvidais, señorita, el respeto que me debeis. Si continuais así no será extraño que mi mano os haga salir al rostro los colores.

—¿A su edad! dijo gesticulando la madre.

—Tú, señora Mansdotter, haznos el favor de guardar silencio; yo educo mis hijos á mi modo. ¡Vaya! ¡La hice buena cuando guiado por vuestros consejos abandoné á Sundswal, capital de Medelpad, para venir á establecerme aquí! pero ya se vé... vuestra hija tenía ambicion y sueños de loca... sus ideas han trastornado tambien vuestra cabeza, y mientras ella vende nueces en el mercado, yo voy consumiendo mis economías, y vos ganais cinco reales diarios hilando cáñamo... ¡buena fortuna por vida mia!

—¿Y el señor Federico Magnus, padre mio? le preguntó inocentemente la jóven.

—Mr. Federico se burla de tí, replicó Mansdotter. Te ha dicho que eres bonita y te ha mirado en el mercado; hé aquí lo que te vuelve loca. ¿Sabes tú siquiera quién es ese galán? El viene aquí tan pronto vestido de una manera como de otra... yo por mi parte te digo que no es bueno tener amistad con personas que se disfrazan.

—Es verdad; pero por lo mismo que es hijo de un gran señor necesita de algunas precauciones para acercarse á una pobre como yo.

—Nada digo; por lo tanto...

—¿Quién sino él, ocultando su nombre, puede habernos enviado esas dos camisas, ese canapé forrado de seda, y esas hermosas cortinas para el armario?

—¿Te atreverias á asegurarlo?

—Cuando uno envía tales regalos á una jóven es porque trata de casarse con ella.

—¿Tú su muger! Entonces, señora baronesa, echadme de beber, y contemos lo que hoy ha producido la venta de vuestras nueces.

Estas crueles palabras hicieron caer á Catalina desde el empuje de sus ilusiones á la horrible realidad de su miserable condicion. Metió suspirando las manos en los bolsillos y sacó siete reales y medio que puso sobre la mesa.

—Mucho trabajo nos ha de costar, señora baronesa, hacernos con este dinero un traje para el día de vuestras bodas, pues solamente hay aquí para comprar mañana pan, dijo su padre. Sin embargo nos pasaremos sin él, á menos que el desconocido que nos envía estos regalos haga tambien que nos huevan del cielo monedas de oro y plata.

Aquí llegaba Mansdotter de su conversacion cuando llamaron vigorosamente á la puerta.

Catalina, por un movimiento instintivo, cojió vivamente la lámpara, y se dirigió al corral para abrir.

Grande fué su admiracion cuando, despues de descubierto el cerrojo, se halló cara á cara con un criado sin librea que adelantándose hácia ella, la preguntó su nombre, y puso en sus manos una cajita, diciéndola que cuando la abriese conoceria quién se la enviaba. La jóven quiso hacerle algunas preguntas; pero el criado no respondió, é invitándola á que volviese á entrar, alejóse, como si quisiera estar solo al separarse de allí.

La vendedora de nueces obedeció, y al reunirse con sus padres les hizo partícipes de su admiracion mostrándoles lo que la acababan de dar.

—Veamos pues qué encierra de bueno este cofrecito, dijo su padre haciendo saltar su tapa con mano impaciente.

—Pero ¿cómo podremos pintar su júbilo cuando aparció á la vista un monton de piezas de oro, y pasándolas y repasándolas pudo contar hasta 400 ducados?

En el fondo de la cajita habia un papel con estas palabras:

don de reconocimiento. Catalina después de haberlas deletreado, quedó pensativa, sin poderse explicar este secreto.

—Habrás hecho algun servicio á alguna dama de alto linaje, ó á algun gran señor; y Dios que nunca abandona á los que obran bien, habrá inspirado á esa persona la idea de socorrer nuestra miseria, dijo su madre.

—No madre mia, no me acuerdo de nada, respondió Catalina.

—Vamos, recuerda bien.

—¡Ah! sí... esperad. Hace tres días atravesaba un jóven estudiante el gran mercado en direccion á la universidad, y habiendo sentado un pié mal sobre la nieve, resbaló, yendo á caer junto á un carro cargado de pesca que marchaba en direccion contraria á la suya. Hubiera indudablemente perecido el pobre jóven aplastado si yo no le hubiese socorrido, ayudándole á levantarse; pero no creo que nadie reparara en una accion tan comun, y yo por mi parte no la he vuelto á recordar.

—Sin duda ese jóven lo ha referido á su familia, ¡y hé aquí tu recompensa!... Ven, y abrázame, mi querida hija, has salvado nuestra casa de la ruina... ¡Cien ducados!... Ya soy mas rico que todos los magnates del reino... Ve por otro jarro de cerveza, Catalina, y si no fuese tan tarde te diria adonde habrias de ir á comprarme vino; exclamó el alborozado Mansdotter, cantando un aria patriótica en honor de Gustavo Wasa.

Y retirándose con su muger á olvidar su felicidad y su cerveza en brazos del sueño, dejó á Catalina entregada á sus reflexiones.

La jóven, que bajo sus harto comunes apariencias alimentaba un vivo afán de ser grande, se entregó á sus habituales quimeras suspirando al ver sus manos curtidas y su rostro atezado; pero sus grandes ojos negros, su talle flexible y sus pequeños piés, la daban algunas esperanzas que eran un incentivo mas para sus ilusiones.

Deiciase á sí misma en voz baja que veía diariamente damas de elevado linaje, que no osarian competir con ella en hermosura; y entonces se forjaba un porvenir risueño, imprevisto y pródigo de riquezas y de esplendor. Creíase ya señora, y se ponía delante de un espejo á hacer saludos y cortesías con una torpeza que á la verdad hubiera hecho reír mucho al que hubiera podido observarla.

CAPÍTULO III.

Los dos amantes.

Quando tan gravemente se entregaba á esta ocupacion, oyó ladrar en el corral al perro encargado de su custodia. Este ruido la hizo volver en sí y encerrarse en su habitacion, arrepentida de sus locuras; pero los ladridos habian cesado, oyéndose en su lugar gritos de júbilo como los que lanzan los perros cuando encuentran á un amigo.

La luz que alumbraba á Catalina penetrando por los corredores se reflejaba en un ángulo de la casa. Véase la centellar á través de los vidrios de la ventana. La parte del edificio en que se hallaba su habitacion se componia de dos piezas, una de las cuales la servia de dormitorio; de manera que enteramente separada de sus padres solo tenia la vendedora de nueces para su defensa su perro y su virtud.

Acababa de colocar la lámpara sobre la mesa, cuando dieron á la puerta tres golpes. Un temblor involuntario se apoderó de ella; pero era naturalmente poco medrosa, y se dirigió á abrir. Su gozo y su sorpresa no tuvieron límites, cuando se halló en presencia de su querido Federico Magnus.

—¿Cómo habeis entrado, monseñor? le preguntó.

—¿Qué os importa, mi bella Catalina? continuó el recién venido. Algunas personas olvidadizas dejan entreabiertas las puertas de sus casas; fácilmente se hace callar á los feroces guardianes de los corrales, y se penetra hasta donde se quiere, sobre todo si el amor nos guia.

—Sin duda alguna, y lo estoy experimentando en este momento, dijo la jóven con embarazo; pero por lo mismo que yo no soy igual vuestra, no me está permitido recibir un hombre en mi cuarto á estas horas.

—Sí, si yo fuera un hombre comun: pero á un amigo que pretende daros un porvenir como nunca podríais esperar ni prever; á un protector que os quiere bien no sabríais rehusarle los medios de cumplir su mision en el momento que se presenta á vuestros ojos.

—No digo que no...

—¿Qué teméis? No creo que sea el amor que os profeso, porque vos no participais de él, y por consiguiente nada tiene de peligroso...

—Yo haria muy mal en deciros... en confesaros que os amo... ¿es verdad?

—Si fuérais una de esas damas de la corte que todo lo calculan, y solo conceden á uno sus favores por obtener los de mil otros, yo os aconsejaria que continuais haciéndoos la coqueta, la disimulada, y desempeñarais hasta el fin vuestro papel; pero no sois de esos seres fingidos, falaces y astutos que no tienen corazon. Dejad pues al vuestro hablar con su franca candidez, y estad segura de que nunca abusaré de los secretos que me confié.

—Federico, una jóven pobre y oscura como yo, difícilmente comprende eso que me decís. Solo puedo con franqueza declararos que me habeis hecho tanto bien, que os amo por reconocimiento, y que para deciros una palabra mas seria preciso que fuérais...

—¿El qué, Catalina?

—Mas que mi amigo, mas que mi amante...

—Acabad.

—No me atrevo; pero bien me comprendéis...

Su Federico, como ella le llamaba, la miró ardentemente; después levantándose como dominado por un pensamiento fijo, dió dos ó tres vueltas por la habitacion, y volvió á sentarse otra vez cerca del fuego.

—¿Por qué estais hoy vestido así? prosiguió riendo Catalina. Os pareceis al judío Jacobo que vende hopalandas viejas en el gran mercado; pero es preciso confesar que él me gusta mucho menos que vos.

—Esa aclaracion me hace mucho honor. Vamos; hablemos un poco de los progresos de vuestra instruccion.

—¡Oh! ¡ya empiezo á leer casi de corrido! Si yo tuviera libros mas divertidos adelantaria mas; pero solo tengo un

grueso volumen impreso que contiene algunas proclamas de Gustavo Wasa, y una coleccion de leyes de nuestro rey Erico. Bien conocereis que debo aburrirme.

—Yo lo creo.

—¿Habeis visto alguna vez al rey?

—Sí.

—¡Son todos sus decretos tan severos!... Aquí para entre nosotros dos, creo que es tan cruel é inflexible como malo.

—Así se le juzga en la corte; pero yo no creia que esas opiniones hubiesen descendido hasta el pueblo, porque es esa clase que él mas ama y favorece. Mi querida nina, para con grandes dificultades para asegurar la felicidad de sus vasallos. Erico tiene dos hermanos y dos hermanas, cuya ambicion, escitada por los que los rodean, origina esas conspiraciones tan á menudo descubiertas, y siempre renovadas. El rey habia nacido justo, bueno y humano; pero se le ha obligado tanto á castigar, que su carácter se ha pervertido... ¡y los miserables que le persiguen y acriminan, hasta se han atrevido á asegurar que estaba loco!

—¡Ah! ¡eso es una infamia!

—¡Vos lo comprendéis, vos!... ¿No es verdad que es un crimen, un atentado odioso contra la dignidad de sus decretos, considerados como despreciables antes de ser ejecutados? Por otra parte, el soberano no puede confiar enteramente en sus ministros; desconfia de ellos; sí; no ve en todos mas que traidores y falsos amigos, y él es solo para defenderse de tantos lazos como le tienden. ¿Creéis pues, Catalina, que una tan triste condicion no deberá endurecer su carácter? ¡Ah! esas personas que se quejan de esta calamidad temblarian de espanto si tuvieran noticia de las que pesan sobre él.

—¡Con cuánto calor le defendéis, Federico! Francamente me han conmovido vuestras palabras... ¿Sabeis que estoy á punto de amar á ese rey tan malo é injusto segun algunos?

—¡Amarle vos! ¡oh! ¡Seria por primera vez amado por un corazon puro y sincero!

—Escuchad, creo que sería una tontuna, porque yo no comprendo todas esas grandezas de la corte, aun cuando anhele mucho conocerlas; pero si pudiese ver al rey, hé aquí como le hablaria: «Señor, aunque sois jóven, casaos, no importa con quién, y renunciad al mando para ir á habitar pacíficamente uno de vuestros castillos; ó si queréis seguir siendo rey de Suecia, sabed ante todas cosas ser dueño. Esterminad á todos los que os odian y ponen trabas á vuestros buenos pensamientos; batid á los cortesanos á la cabeza de vuestro ejército, como si fueran osos, y vereis cómo pronto os librais de tantos tormentos, porque Dios velará por vos, y el pueblo os ayudará.»

—¡Bien, muy bien, hermosa Catalina! esos consejos son tan sencillos como justos, y merecen que se reflexionen bien... Quizá el rey lo sepa un día, y puede que entonces quiera oiroslos repetir.

—¡Ah! ¿os burlais de mí, señor Federico?

—¡No! ¡no! Estaba esperando esta ocasion para deciros que no quiero vivais desde hoy en adelante de esa indigna profesion que ejercéis y acabaria por agostaros en flor... ¿No estais hace algunas horas al abrigo de los primeros cuidados de la vida?

—¡Oh! sí... ya adivino... aquella cajita... ¡don de reconocimiento! ¡Oh, monseñor! dijo enternecida Catalina, ¿qué he hecho yo para merecer tantas bondades? Tengo miedo de amaros, porque os creo mucho mas alto que yo... me habeis siempre respetado, no me habeis propuesto ninguna accion indigna, ¡y aun me hablais de reconocimiento! ¡y es á mí, á una pobre hija del pueblo, á quien dais lo que nunca podrá pagar!...

—Callad, querida mia; ya hablaremos de eso mas tarde.

Despues, repasando en su memoria las palabras de la jóven:

—Sí, exclamó Federico, esta idea me agrada mucho. Publiquemos los nombres de todos esos traidores que aspiran al poder supremo; el ejército, fácil de convencer, me prestará su ayuda para esterminar de un solo golpe todas esas cabezas sediciosas...

(Continuará.)

JAMONAS Y SOLTERONES.

(Conclusion.)

El solteron por lo comun se cuida poco de aquellas inquietudes. A medida que adelanta su vida, goza de ventajas y preeminencias; su categoría, sus talentos de orador, de jurisconsulto, de artista de cualquiera otro género, le proporcionan satisfacciones, comodidades, aprecio, respeto, admiracion de los contemporáneos y tambien de la posteridad. Sabe además que llegado á cierta altura, en una ú otra época encuentra mugeres de buenas prendas que le quieran, ó á lo menos que se casen con él aun cuando quieran á otros, acerca de lo cual no hay regla fija: tiene en todo evento la seguridad de topar á la vuelta de una esquina con una criada de servicio ó con una bailarina de á docena en teatro de provincia, que le cuide ó le mate en sus últimos días. Ocorre á veces que un solteron de gran entendimiento y bolsillos se ve dominado por una idea estafalaria, y sigue la conducta de Rousseau; después de corresponder con ingratitude á Made-moiselle de Warens, se arregla con una Teresa Levasseur, que apenas sabe contar por los dedos la primera decena, siendo por añadidura fea y tremebunda. Algunos solterones son castigados por el infortunio de que se lamentaba Boccaccio con su gracioso cinismo, sin perjuicio de sentir el paulatino endurecimiento de la cabeza, la que no puede rodar jamás ni aun en las revoluciones mas sangrientas, porque posee estorbos que lo impiden. Solterones hay que prefieren al matrimonio las vicisitudes y trabajos del autor del Emilio ó de Bernardin de Saint Pierre, y esto por causas diferentes: ó por un orgullo insensato de su capacidad y de su genio, ó por no sufrir el carácter y las exigencias de una persona que permanece en tan íntima conexión á cada hora, á cada momento, ó por un espíritu de independencia ó de aventuras á lo D. Juan Tenorio; ó por misantropía, ó por sistema filosófico observando las máximas de Sócrates, si bien él obraba de otra manera; ó por un ascetismo solitario, tan raro hoy bajo el reinado de la desvergüenza, de la inmoralidad y de la pi-

hería. En cambio hay otros solterones que procurando realizar una buena jugada, efectúan una boda de especulación: el papá y la mamá de la interesada se contentan, esta salta de alegría, y el novio que acaso estaba hecho un zascandil ó un virrote, adquiere de repente una elevada posición en su carrera, si es que la tiene, y si no se la dan, y riñan Vds. de ascensos y escalafones; el gobierno representativo se presta grandemente á la celebracion de estos contratos bilaterales. Véase aquí al mocito que sube donde tal vez no pensaba; que se halla con una hembra de buen rumbo ó de malo, como moneda falsa ó santo viejo; y que se ve premiado con una ó mas cruces, y la del matrimonio por aditamento.

Sin embargo, semejantes contratos no halagan á todos. Hombres que confían en sus estudios, en su cabeza, en su poder, en el curso natural de los hechos sociales, en el papel que han de representar, tendrían como á desdoro conseguir nada por esos medios; venderse sacrificando sus afectos y simpatías en algunos casos. Esos hombres creen que la importancia, la significacion de la muger casada han de ser debidas á su esposo, porque este es el orden, y es un motivo eficaz para que el jefe de la familia aparezca en el hogar doméstico con el prestigio que necesita. Si la suerte adversa no le permite poner en planta estos pensamientos; si una voluntad superior contrasta los designios y proyectos mas atinados; si la situacion que le rodea es incompatible con los compromisos que por otra parte deseara contraer en cumplimiento de los deberes que la naturaleza, la religion, las leyes y las costumbres imponen de consuno, se somete á los inescrutables decretos de la Providencia, teniendo presente que vale mas vivir solo en una regular medianía, que ser causa de la desgracia de inocentes que traen al mundo estampada sobre su rostro la maldicion fatídica de Malthus.

Valencia, mayo 31, 1853.

ANTOLIN ESPERON.

UNA VISITA Á LA TUMBA DE WASHINGTON.

(Conclusion.)

Al señalar los edificios medio ruinosos de esta ciudad oí á un americano contar á la sociedad, que entre los papeles de su padre se hallaban cuentas de las casas de comercio mas considerables de Baltimore que desde Alejandria se habian surtido de los géneros extranjeros que necesitaban. Este pueblo no está decaído, mas bien paralizado; pero aquí mas que en nuestro país significa paralización el retroceso, y así es que en este mercado apenas se hace algun negocio de entidad.

Después de haber emprendido ya la peregrinacion al santo lugar, con gusto hubiera yo visitado tambien la habitacion del gran americano en el pueblo, visto la iglesia donde oraba, llamado en la mano la Biblia de familia en que leía, y que ahora se usa en los públicos oficios divinos; pero mi tiempo estaba muy contado, y así es que tuve que renunciar á ello.

Pasamos el fuerte de Washington, y muy pronto alcanzamos el fin de nuestro viaje. Toda la sociedad quedó reunida, y el anciano señor hizo nuestro guía, contándonos anécdotas de su héroe y enseñándonos los sitios donde el gran hombre solia permanecer con mas gusto. Subimos la pendiente de la altura y encontramos de repente, impidiéndonos nuestro camino (que, segun noté pronto, nos queria preparar una sorpresa) continuamente con cuentos é indicaciones con el dedo á preguntar por el objeto principal de nuestro viaje, un muro de ladrillos, que por lo pronto tuve por una puerta cochera destruida. Era una especie de arco suspendido, hundiéndose sus juntas, y sus piedras formando grietas, con la argamasa desmoronándose y una reja de hierro herrumbroso. Algunos árboles se elevaban aquí y la yerba crecía abundantemente alrededor. Pero en las inmediaciones se hallaban losas fúnebres, y reconociendo el sitio con mas cuidado, llegué á persuadirme de que me hallaba delante de la tumba de Washington. Tuvimos que sofocar á causa de la cantidad del sitio un murmullo de despecho que principiaba á oirse por una indolencia tan injustificable, y nos descubrimos todos ante este sitio y á la proximidad de las cenizas de uno de los caracteres mas elevados de la historia universal.

Al mirar por entre la reja observé dos sarcófagos de mármol blanco; estos contenian los restos mortales de Washington y de su esposa Marta.

El sentimiento de respeto que me inspiraba esta última morada del libertador de América, volvió á ceder muy pronto el lugar á una vehemente indignacion sobre el estado en que se hallaba este sitio. Otros parecian sentir lo mismo, pues un joven, que por su dialecto debia ser un inglés, me decia por lo bajo, pero no tanto que no lo pudiese oír un kentukiense llamado Hancock: «Debia Vd. ver la tumba de Arnold.» A lo cual contesté por mí el kentukiense, encarnado de ira hasta las orejas; «Washington no necesita de pompa alguna. Su memoria vivirá, aun mucho después de haberse olvidado al traidor.» Este era un pensamiento tan verdadero como noble, pero no satisfizo del todo, pues el sentimiento del hombre quiere ver manifestada la viva memoria tambien por una señal exterior, y aunque no fuera sino para espresar su gratitud, Washington debia tener aquí un monumento levantado con recursos americanos, por artistas americanos y con piedras americanas, y no un sarcófago de mármol italiano construido por manos extranjeras.

Esta vista me habia incomodado de tal manera, que hice poco caso de la casa y sus alrededores. La casa es de mediano grandor, con una pequeña torre blanca y una baranda sostenida por columnas en la fachada, y tiene unos aposentos muy sencillamente amueblados pero espaciosos. El anteojo da larga vista de Washington está aun donde lo puso, es decir, encima de la puerta de la sala de recibimiento; en cuanto á las demás habitaciones no estan ya como las habia dejado. Se nos condujo á la alcoba donde murió en 14 de diciembre de 1799. El único retrato del difunto, que se nos enseñó, ha sido pintado por un pintor inglés en porcelana inglesa. Todo el edificio tenia impreso el carácter de la soledad y decadencia.

Yo me volví pronto para abandonar un sitio que en general me habia edificado tan poco. Cuando bajé la pendiente para dirigirme al lugar donde anclaba nuestro buque, ví á un pe-

queño negro delante de una especie de cueva, el que nos hizo señas para llegarnos á él. Seguimos su invitacion, y supimos por él que esta era la antigua tumba donde habian descansado los restos de Washington, hasta que hace algunos años fueron llevados al nuevo panteon de la familia, donde habiamos estado. No sé en qué consistió, pero sentí aquí mas que antes el santo estremecimiento que habia esperado sentir en el lugar, objeto de nuestra peregrinacion; las antiguas murallas hicieron una profunda impresion sobre mi imaginacion y sentimiento, y yo me bajé para recojer un poco de tierra de este suelo, en lo cual no habia pensado siquiera en la otra tumba.

El anciano señor, que emprendió con nosotros la vuelta, me comunicó al manifestarle francamente mi opinion sobre la manera con que se habian tratado las cenizas de Washington, que al abrir la caja, efectuado al trasladarse este á su actual morada, habian podido observarse claramente la expresion de las nobles facciones del difunto debajo del paño mortuorio. Pero antes que hubieran levantado la tapa, se habia tocado á comer, y el señor encargado de la direccion de las obras se habia marchado para no llegar demasiado tarde á la mesa. Pero cuando después de algunas horas volvieron los trabajadores á acudir á la caja, se habian hallado en lugar de las formas bien conservadas polvo y podredumbre.

Al narrador le parecia agrandar mucho el interés que manifesté por sus comunicaciones, y fué tan complaciente de contestar circunstanciadamente á todos mis preguntas. «El general Washington, decia, tenía una estatura alta, una constitucion robusta y dura, que sin embargo requeria mucho ejercicio para permanecer sana. Toda su esterilidad inspiraba al observador una idea de fuerza acompañada de una gracia varonil. Su conducta era mas bien retraida que franca, aunque no tenia nada de aquella sequedad y tesura que proviene de un retraimiento llevado al extremo, y en cualquiera ocasion oportuna sabia desear tanto de su seriedad como era necesario, para demostrar cuán aficionado era á la amenidad de una conversacion agradable y alegre. Todo su continente espresaba una indecible y desenvuelta dignidad, sin mezcla alguna de orgullo, y así es que la adhesion que le profesaban todos los que honraba con su amistad ó intimidad, era sincera y al mismo tiempo respetuosa. Su carácter era humano, benévolo y reconciliador, pero pronto sacaba en claro cuando la mala voluntad queria hacerse valer en alguna parte, habiéndole enseñado la esperiencia á vigilarla y sujetarla. En la administracion de sus bienes particulares, que al principio y antes de casarse no se hallaban en un estado muy brillante, desarrolló una prudente economía. Nunca convino en emplear sus recursos en placeres caprichosos y mal calculados, pero tampoco se negaba á reformas útiles aunque dispendiosas. Por esta razon correspondian estas siempre á las exigencias que le imponia su gloria y por otra parte su conducta agradable y caritativa correspondian igualmente á la proteccion que la verdadera é inmerecida desgracia tiene derecho de reclamar de la riqueza.»

«Mi primer discurso público fué una oracion fúnebre sobre nuestro héroe; así concluyó su informe el anciano habladorcillo, y si yo mandase, se cantaria cada año el dia de su fallecimiento en cada iglesia y capilla de la Union desde el púlpito, su vida y se recomendaria á la imitacion. Nuestra generacion necesita estos ejemplos de los buenos tiempos antiguos, pues hace mucho que no es como debia ser.»

Tenia razon el respetable anciano, y con frecuencia me acordé de él y sus palabras, cuando mas tarde pasaba por las selvas occidentales, y en cada posada, y casi en cada choza veia el retrato de *Old George* (viejo Jorge) con su uniforme de general de color azul claro con vueltas amarillas, y con sus grandes ojos azules, que como el genio de América me contemplaban.

Sin embargo, Jorge Washington no ha quedado sin monumento, y así como ocupa el primer lugar en el corazon de todos los patriotas y ha servido tambien de modelo á infinitos escultores americanos y europeos, así es que *el antiguo país*, como se llama con razon al estado de Virginia, no ha quedado aun satisfecho con la estatua de tamaño natural que adorna á la cúpula del capitolio, y proyecta ahora levantar á su mas grande hijo una estatua ecuestre que ha de rivalizar con las producciones mas nobles del cincel del arte moderno. Hace algunos años que puso el gobierno un premio al mejor proyecto de una estatua que habia de erigirse en el capitolio de Richmond. Entre los muchos planes remitidos al efecto se ha llevado la palma el de Crawford, un escultor americano de gran capacidad, que ha recibido ya el encargo de modelar y fundir en Roma las diferentes estatuas que deben adornar esta obra maestra del arte. El pedestal, que estará muy pronto acabado, es de granito blanco, mientras que las figuras y los adornos serán de bronce. El conjunto tendrá una altura de unos sesenta piés, inclusa la estatua ecuestre de Washington, que será de diez y siete piés de alto. Debajo de esta y sobre el pedestal que formará una estrella hexágona, se colocarán las estatuas de unos de los hijos mas nobles de la Virginia, como Jefferson, Henry, Lee, etc., mientras que alrededor de la base, que es circular, se colocarán seis grandes águilas de bronce. El todo forma un conjunto que rara vez ha sido sobrepajado en el antiguo mundo, y de cierto no alcanzado en el nuevo.

MISCELANEA.

—Los presupuestos generales de la Confederacion Helvética para el año de 1852 presentan el siguiente resultado: Ingresos, 13.540,185 francos; gastos 12.456,330: por lo tanto un sobrante de 1.083,854 francos.

—El viaje de la achiduesca Maria Enriqueta (novia del duque de Brabante, hijo mayor del rey de Bélgica) está fijado para el 12 de agosto próximo. Las vistas y el ajuar de la novia, que son segun dicen dignos de la novia de un emperador, han de estar concluidos para fines de julio.

—El convenio sobre la entrada de Parma y Módena en el tratado comercial austro-prusiano está ya definitivamente cerrado y rectificado. Su publicacion se efectuará al mismo tiempo que el convenio prusiano.

—En Liverpool y Stockport ha tenido lugar una suspension de trabajos en escala mayor. En el primer punto exigieron los obreros en algodón y en los docks un aumento del salario de

seis dollars (unos dos y medio reales vellon), á cuya reclamacion no tuvieron á bien atender la mayor parte de los dueños de las fábricas, etc. En Stockport reclamaron los tejedores de todas las fábricas de algodón un aumento de diez por ciento; pero les fué igualmente negado; por cuya razon hay actualmente unos veinte mil trabajadores en esta ciudad que hacen novillos. Los dueños de los establecimientos estan decididos á dejar sus máquinas paradas un mes antes de acceder á las exigencias de los obreros. Los de los docks han vuelto ya á presentarse.

—Del cuerpo que se embarcó con Napoleon en la isla de Elba, de fuerza de seiscientos hombres, hay segun las averiguaciones hechas al efecto, en este momento aun ciento cincuenta y tres en vida, que han de percibir una pension vitalicia de 150 francos.

—La muger mas vieja que concidamente hay en el mundo, vive en Williams-Burgo en Nordamérica. Mistris Singleton tiene 131 años de edad, es viva y alegre y goza de una perfecta salud; únicamente la vista es la que ha perdido por efecto del sarampion. Su única pariente, después de haber perdido todos sus hijos, es una biznieta de sesenta años de edad.

—La inauguracion del palacio de cristal en Nueva-York ha sido fijada oficialmente para el 15 de julio actual. Por el informe de la asociacion para la esposicion de los productos industriales de todas las naciones en Nueva-York para el año de 1853, que trata de la organizacion y los progresos de la empresa, se adquiere una sumamente interesante idea para poder en su consecuencia formarse un justo juicio sobre el punto de vista de la empresa.

—La estatua colosal de Goethe ejecutada por Steinhäuser en Roma y comprada por la gran duquesa de Weimar, se halla en camino de Liorna á Hamburgo. Ha de levantarse aun en este verano en el parque de dicha princesa.

—El emperador de Austria por gracia especial ha mandado levantar el secuestro de los bienes del escultor lombardo-véneto Simonetta.

—El pintor y fotógrafo Sigismundo Gerotmohl, de Francfort, y su compañero Tanner, que se hallan actualmente en Paris, han logrado la representacion de los retratos fotográficos en tamaño natural con tal grado de perfeccion, que los retratos ya espuestos al público producen una extraordinaria sensacion entre los artistas y aficionados.

—El retrato del duque de Brabante, una obra maestra del arte, se halla desde algun tiempo en venta en el establecimiento artístico de Van de Kolk, en Bruselas. Dibujado por Sehubert, ha sido grabado por el ingenioso artista Mr. Desvachez.

—Emilio Prudent ha dado en la nueva sociedad filarmónica de Londres un concierto, el que ha tenido un brillante éxito, y piensa á imitacion de Pischek y Gordoni trasladarse á Dublin.

—Teresa Milanollo ha dado en Viena diez y ocho conciertos y ganado con ellos la cantidad de 22,000 florines, un acontecimiento único en su clase y en la historia del arte, exceptuando á la Catalani, Malibran, Lind y Sontag.

—Meyerbeer ha emprendido recientemente un viaje á Paris, donde su ópera *la Africana* se representará en el invierno próximo.

—La sociedad de autores dramáticos en Paris ha resuelto en su última junta mandar educar á sus expensas una jóven descendiente en línea recta de Racine.

—El emperador Napoleon ha concedido una pension anual de 500 francos á la madre del difunto autor Balzac.

—Las señoritas Corneille, descendientes del célebre autor dramático, han sido agraciadas por el mismo emperador con una pension anual de 2000 francos.

—Cerca de seiscientas cartas confidenciales y desconocidas de Napoleon á su hermano José, en las cuales manifestaba sus pensamientos y sentimientos mas secretos que descubren su verdadero caracter, y que José ha ocultado con el mayor cuidado y llevado consigo á América, fuéron depositadas después de la muerte de este por mí: así cuenta el historiador americano Ingersoll, en el archivo monetario de los Estados Unidos en Filadelfia, y entregadas al cabo de cuatro años en mi presencia el dia 23 de octubre de 1849 por conducto del testamentario al nieto de José entonces de veinticinco años de edad. Estas cartas estan escritas todas del puño y letra de Napoleon y datan del tiempo de su juventud.

—El doctor Stolle en Berlin ha compuesto un mapa sinóptico de la industria azucarera de todo el mundo y otro del azúcar de remolacha. La propagacion de esta industria en los países correspondientes está manifestada claramente por signos y colores, conteniendo al margen del dibujo guarismos estadísticos. Es un trabajo bueno y de mérito. El director de la oficina estadística de Dresde, el doctor E. Engel, ha levantado igualmente un mapa general de la industria del reino de Sajonia, y es de desear que pudiese publicarse dicho mapa, porque es excelente.

—Victor Hugo, que se halla actualmente en Fersey, publicará muy pronto una obra nueva en verso, intitulada *Le chatiment* (el castigo), en contra del emperador Luis Napoleon.

AL CISNE DE PLATA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Como á cosa de media hora de camino de Bad-Ems, pequeña poblacion de baños, tan *fashionable* y tan frecuentada en el dia, y mucho antes que la civilizacion estendiese su nivel regulador por todas partes, existia un lindo lugarejo, en el que se hallaba cierta posada donde podian albergarse cómodamente hombres y animales, segun decia el posadero, que era el personaje mas honrado de todo el país de Nassau, segun aseguraba él mismo.

El *Cisne de Plata* era en efecto la mejor hostereria del villorrio, aunque tambien es verdad que era la única que en él se encontraba.

El hosterero, sin estar exento de las acusaciones que merecen los de su especie, podia tal vez tener razon en lo que afirmaba, porque al cabo, ser el mejor entre los malos no puede considerarse como una virtud muy exagerada. Sin embargo, bien fuese por su propia industria, ó por las utilidades que le dejaban los viajeros, maese Gaspar Kellermain no se hallaba en posicion muy respetable, que digamos, en la época en que da principio nuestra historia.

Declinaba ya el día, y nuestro posadero, sentado en un ángulo de la chimenea, saboreaba con delicia los encantos de su pipa, cuando la presencia de un caballero interrumpió su beatitud, recordándole desagradablemente que sus ocupaciones eran de tal naturaleza, que nunca debían terminarse por completo.

Maese Gaspar era, no obstante, demasiado apegado á los negocios, para dejar de poner buena cara á un individuo que debía darle beneficiosos resultados, á juzgar por el traje y noble porte que ostentaba. Adelantose por lo tanto hácia él saludándole con el mayor agasajo, y después de hacerle saber que el mejor cuarto de la posada estaba casual y felizmente desocupado, le preguntó si debía disponer que entrasen en la cuadra los caballos de su señoría.

Inútil nos parece advertir que el mejor cuarto se asemejaba exactamente á la mejor hostería, supuesto que no había mas que uno en toda ella. Hubiera parecido no obstante muy poco conveniente dejar de ofrecer la habitación preferente á un caballero cubierto de terciopelo y seda, que llevaba cadena de oro al cuello y sombrero alto con pluma, como si fuera un rey. El recién llegado dió á entender con un movimiento de cabeza que estaba satisfecho; pero al mismo tiempo hizo entender á maese Gaspar que no tenía caballos.

—¡Cómo! ¡Sin caballos ni carruaje! pensó Kellermann examinando á su huésped de piés á cabeza. Es muy singular! añadió inadvertidamente en voz bastante alta para ser oída.

—¿Qué es eso de muy singular? preguntó el caballero, lanzando á su interlocutor una mirada altiva y escrutadora.

—¡Oh! Nada, nada: me admira únicamente que vuestra señoría y los criados de vuestra señoría caminen á pié. Esto no obstante, cada cual tiene su modo de matar pulgas.

—Y además, tampoco traigo criados conmigo, observó el forastero.

Maese Gaspar, aunque engañado por sus previsiones, condujo á la sala á su huésped, resuelto á hacer pagar á este el gasto como si viajase con un séquito capaz de llenar todos los rincones de su posada. Le ofreció asiento para que descansara, y acto continuo le preguntó lo que deseaba cenar, aunque con menos cumplimientos, porque á fuer de hombre de mundo, conoció que no debía continuar dando tratamiento de señoría á un hombre que no tenía caballos, ni carruaje, ni servidumbre. Por último, sin aguardar respuesta, dió principio á una enumeración brillante y detallada de todos los manjares suculentos que figuraban en su repostería.

¡Elocuencia perdida! Al fin de su magnífico discurso de esposición, oyó decir lacónicamente al forastero:

—Yo nunca ceno.

—Esto es prodigioso, murmuró Maese Gaspar, viendo frustradas sus esperanzas. Pues bien, ¿qué es lo que queréis? preguntó al huésped en tono burlon.

—Descanso, contestó este señalando la puerta para dar á entender que no quería proseguir la conversación.

Al observar aquel gesto imperativo, se quedó estupefacto el posadero, y poco después salió del salón.

—Has de saber, dijo al entrar en la cocina y dirigiéndose á una muger gruesa y risueña, cuyo estado de conservación indicaba que jamás olvidaba la costumbre de cenar, has de saber, esposa, que no me agrada ese hombre que hoy nos ha deparado la suerte. A pesar de su magnífico traje, tengo para mí que es un ladrón.

—¡Un ladrón! exclamó Gertrudis. ¿Y que indicios te han guiado para que se haya aposentado esa idea en tu mollera? ¡Un ladrón! Ese hombre tan fino y atento, con unas manos tan delicadas y tan blancas... estoy segura... sí; apostaríá á que es, cuando menos, un conde.

—Un ladrón, y lo repito, repuso el hostelero, pues de lo contrario no hubiera llegado á pié y solo.

—¡Bah! Andaría de caza y se habrá extraviado: no tardarán en llegar sus criados buscándole. Si he de juzgar por sus miradas, no extrañaría que fuese un príncipe. Pero ¡Dios mío! Estamos aquí charlando como dos cotorras viejas, en tanto que nuestro huésped se impacienta tal vez porque no le servimos la cena.

—¡Cá! Si no cena jamás! ¿Qué dices á eso, esposa?

—Digo que... Pues señor, en eso se conoce principalmente que es caballero y no un ladrón.

—No me gustan los hombres que no cenan, murmuró Kellermann.

—Ni á mí los que cenan demasiado, replicó riéndose su cara mitad.

Un triple tan, tan, tan, que dejó oír la mesa de la sala, en que se hallaba el huésped, puso fin al diálogo de nues-



El Cisne de Plata.

tros consortes, y Gertrudis fué á saber lo que se le ofrecía.

—Una luz, dijo el forastero.

Gertrudis le llevó un velon, escusándose por haber dejado á oscuras á su señoría. El huésped nada respondió, pero se dirigió majestuosamente hácia la puerta.

—¿Conduciré á vuestra señoría á su cuarto? le preguntó la hostelera con toda la amabilidad y respeto que, en su opinion, merecían la cadena de oro, la valona de encajes y la capa de terciopelo de tan noble huésped.

Este se sonrió, como para dar á entender que no era necesario, y después de saludar á la buena muger, deseándole una noche feliz, subió al segundo piso, entró en un corredor

te, repuso el hostelero con mal humor. Ese gran señor no probará un bocado de nuestro pan, ni catará una gota de nuestro vino, sin que antes haya afianzado su importe.

—Vamos, vamos, amiguito mío, no querrás que vuelva á la corte del rey su padre contando á quien quiera oírle que el propietario del *Cisne de Plata* es un miserable, supuesto que no da de comer y beber á los viajeros, si estos no le pagan adelantado. Piensa, por el contrario, en lo mucho bueno que dirá de nosotros, si le tratamos segun corresponde á su rango. ¡Quién sabe, buen Gaspar, si esto nos traerá nuestra fortuna!

—Ta, ta, ta! con buenos cuentos me vienes! El reino de su padre está en la luna, ó en algun otro sitio mas lejano, repuso Kellermann, algo mas tratable por la brillante perspectiva que le ofrecían las suposiciones de su muger.

—¡Y qué importa! replicó esta. Con tal que para conducirnos á él nos envíe un coche con seis caballos, y nos convierta, á tí en un señor poderoso, y á mí en una dama de alto rango, ninguna dificultad puede oponerse á mis cálculos. ¿No te gustará traer una cadena de oro como la suya, contemplarme *salinada* y cubierta de plumas, y ver á nuestros hijos hechos unos príncipes?

—Bien, bien; voy á buscar el vino, pues aunque perdamos una botella, no nos moriremos.

Diciendo así el hostelero, semi-disgustado, semi-convencido por las magníficas esperanzas de su amable consorte, bajó á la bodega para sacar una botella de vino del Rhin. Al pronto tuvo intenciones de presentar al forastero una detestable muestra de su mala cosecha, segun lo hacia con los parroquianos de poco mas ó menos; pero después de pasar revista al lucido regimiento que tenia delante, reflexionó de este modo:

—Si una botella de buen vino ha de hacerme feliz, la especulación no puede llamarse enteramente desgraciada, y creo que las conjeturas estan muy en su lugar, porque algunas veces es mas lista y astuta que yo. A fé mia, que quisiera ser un rico potentado... Baron de Kellermann... Este título sonaría admirablemente entre los mas distinguidos. Venga pues el famoso vino de veinte años, porque al cabo, cuando se hace una cosa, debe hacerse bien.

Y diciendo y haciendo, el futuro baron se dirigió hácia un monton de empolvadas botellas, y cojió una envuelta entre telas de araña, y cuya fé de bautismo databa de unos veinticinco otoños.

Satisfecho de su generoso proceder, sube á la cocina, coloca con precaucion su tesoro sobre la mesa, y dirige la vista á derecha é izquierda para verse aplaudido por su muger. Pero Gertrudis no está allí, pues ha ido á avisar á su ilustre huésped que el almuerzo está ya servido.

Hé ahí que de pronto se presenta agitada y en un estado de asombro imposible de describir.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede? le pregunta Gaspar.

—Su señoría se ha marchado, contesta ella.

(Continuará.)



El Cisne de Plata.

que circuía la casa, y abriendo la puerta del cuarto que le habian destinado, como si hubiera dormido en él cincuenta veces, entró con desembarazo y cerró la puerta.

Gertrudis se quedó petrificada de asombro, permaneciendo algun tiempo en el corredor para ver lo que acontecia. Pero nada aconteció, pues todo quedó en el mayor silencio después que el huésped hubo apagado la luz. Bajó sin embargo nuestra hostelera á referir gozosamente á su marido que el apuesto caballero la habia saludado con la mayor cortesia, lo cual probaba de una manera indudable, segun su modo de considerar las cosas, que no podía ser un ladrón.

Pero á Kellermann se le hacia muy cuesta arriba albergar en su posada á un hombre que no cenaba. Por eso insistió en que el huésped, si no era algun mago ó hechicero que se mantenía del aire, debía ser precisamente un ladrón; á lo